

Este libro contiene una serie de reflexiones sobre las mujeres que acompañaron a Jesús durante sus últimos días, manteniéndose fieles en los momentos duros, especialmente en su muerte en la cruz. ¿Quiénes eran y cuáles fueron sus historias? ¿Podemos aprender de sus sufrimientos y esperanzas? ¿Puede ayudarnos su ejemplo en nuestras cargas y en nuestras propias cruces? Kathleen Murphy nos muestra que estas mujeres pueden abrirnos a la experiencia de la fe y al conocimiento del Resucitado, así como ayudarnos a experimentar la misericordia de Cristo y la alegría de la Pascua.



ISBN 978842853551-9



9 788428 535519

41
Las mujeres de la Pasión
KATHLEEN MURPHY

Las mujeres de la Pasión

KATHLEEN MURPHY



Las mujeres de la Pasión

A todas las mujeres que
se entregaron por la
liberación de su patria

Kathleen Murphy



Kathleen Murphy es religiosa de las Hermanas de Nuestra Señora de la Misericordia de la Unidad de Gran Bretaña. Ha sido conferenciante y ha impartido numerosos retiros. Actualmente es directora del Centro de Espiritualidad y Mujer de Santa Catalina en Edimburgo.

*A todas las madres y a todas las mujeres
de la vida consagrada.
Ellas son hoy las verdaderas «mujeres de la Pasión».*

© SAN PABLO 2010 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723
E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es
© St Pauls Publishing, Londres 2005

Título original: *The Women of the Passion*
Traducido por *Juan Rubio Fernández*

Distribución: SAN PABLO. División Comercial
Resina, 1. 28021 Madrid
Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050
E-mail: ventas@sanpablo.es
ISBN: 978-84-285-3551-9
Depósito legal: M. 837-2010
Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28970 Humanes (Madrid)
Printed in Spain. Impreso en España

Agradecimientos

Este libro nunca habría salido de mi mesa de trabajo, ni se habría publicado, si no hubiera sido por la insistencia y el interés de un grupo de hombres y mujeres que participaron en una serie de conferencias mías sobre «Las mujeres en la Escritura» en el Centro Pastoral de Santa Catalina, en Edimburgo. Se lo agradezco cordialmente y espero que disfruten de su lectura, así como del debate posterior que pudiera surgir sobre el material adicional de cada capítulo.

Estoy en deuda e inmensamente agradecida a su eminencia el cardenal Keith Patrick O'Brien, arzobispo de San Andrés y Edimburgo, por el prólogo que tan generosa y amablemente ha escrito a este pequeño libro, que intenta despertar el interés por la Escritura, invitar a hombres y mujeres a orar y ayudarles en la renovación de su vida espiritual.

Agradezco sinceramente a mi sobrina Irene Neville la lectura de las pruebas y el apoyo que siempre me brindó, y a monseñor Philip Kerr la lectura que amablemente hizo del texto original.

Deseo igualmente dedicar unas palabras de especial agradecimiento a la comunidad y a los miembros de nuestro grupo de trabajo por su continuo interés y

afecto. Finalmente, deseo agradecer a Annabel Robson, responsable editorial de San Pablo de Inglaterra, su apoyo en las semanas previas a la entrega del material a la imprenta, y a la hermana Maria Henderson rsm, de las Hermanas de la Misericordia de Detroit, por su diseño de la portada de la edición inglesa.

Prólogo

Recomiendo encarecidamente el libro de la hermana Kathleen Murphy, *Las mujeres de la Pasión*. En *Novo Millennio Ineunte*, carta apostólica con motivo del inicio del nuevo milenio, el papa Juan Pablo II nos animaba a contemplar el rostro de Cristo en la lectura de los testimonios de la Sagrada Escritura. Una forma admirable de hacerlo es acompañar la lectura con una reflexión, que nos ayude a identificarnos con todos aquellos personajes con los que el Señor se va encontrando durante su vida pública.

Al analizar las historias de las mujeres que encontramos en los relatos de la Pasión, la hermana Kathleen propone diversos temas que nos pueden ayudar a la reflexión y cuestiones que nos llevan a pensar cómo podemos ser hoy testigos de Cristo. Aunque parezca que este libro está destinado a las mujeres, es de gran interés también para los hombres. Confío en que las reflexiones que en él se contienen nos ayuden a crecer en nuestra unión con Cristo.

KEITH PATRICK O'BRIEN
Cardenal Arzobispo de San Andrés y Edimburgo

Introducción

La Cuaresma es una época especial del año que nos permite reflexionar sobre la pasión de Jesús. En este tiempo de gracia, propongo enriquecer nuestra vida espiritual contemplando la Pasión a través de las distintas historias de las mujeres que, desde lejos, o involucradas directamente en el apoyo a Jesús en el círculo de sus más íntimos, lo acompañaron en sus momentos más dolorosos. Se podrían clasificar en tres categorías: las mujeres curadas por Jesús física o psíquicamente; aquellas que lo seguían habitualmente, por haber encontrado en él una nueva manera de ver las cosas y una nueva esperanza; y, por último, su madre, María. Cada una tuvo su historia personal y creyó en Jesús después de encontrarse con él. A pesar de la oposición de los líderes religiosos de la época y de lo que dictaba la Ley, Jesús atendió a cada una de forma personal y concreta. Como gratitud, estas mujeres lo siguieron en su trágica última semana. Cuando hablamos de la Pasión y de aquellas mujeres que lo acompañaban, nos estamos refiriendo a los días previos a la muerte de Jesús, el día de Viernes Santo. Días terribles, trágicos e inmensamente dolorosos para Jesús, que experimentó una profunda soledad al verse privado de la

amistad de sus amigos íntimos; días tristes que culminaron en su muerte.

Es muy importante recordar que la agonía y pasión de Jesús no empezaron el Jueves Santo y concluyeron el Viernes Santo. Su vida entera, desde el mismo momento en que comenzó su ministerio público, fue vista con sospecha por los principales líderes religiosos de los fariseos, saduceos, escribas y judíos. La verdadera razón por la que Jesús fue apresado y condenado a muerte fue tanto su ministerio como su enseñanza de las Bienaventuranzas (Mt 5,3-12; Lc 6,20-25), así como sus obras de misericordia (Mt 25,31-46). Por todo ello su autoridad fue cuestionada, como podemos leer en Mateo y en Marcos:

«Entró en el templo y, mientras enseñaba, se le acercaron los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo y le preguntaron: "¿Con qué autoridad haces todo esto? ¿Quién te ha dado esa autoridad?". Jesús les respondió: "Yo también os haré una pregunta; y si me contestáis, os diré con qué autoridad hago todo esto"» (Mt 21,23-24; Mc 11,28-29).

Lo que está claro es que Jesús fue condenado a muerte por ser fiel a la misión que Dios le había confiado de curar y alimentar los cuerpos y las almas del pueblo de Dios.

A diferencia de las mujeres a las que Jesús atendió, de las que recibió ayuda y apoyo, y de sus discípulos cercanos, hubo muchos que interpretaron mal su misión, que no entendieron sus enseñanzas y que confundieron la fuente de sus poderes milagrosos. Interpretaron mal su conducta y sus palabras simplemente porque sintieron amenazar la posición social y religiosa que mantenían

en la comunidad (Mt 23,1-12; Jn 7,7-13). Estas personas se encontraron con alguien que chocaba con sus prejuicios y por eso decidieron acabar con él. El rechazo de su pueblo produjo tal sufrimiento en Jesús que decidió volcarse en quienes lo necesitaban, enseñando a quienes querían oírlo, atendiendo a los enfermos, acogiendo a los marginados y a los pobres de Dios.

Los tres evangelistas recogen en sus textos que la madre, los parientes y los amigos de Jesús estaban preocupados por él y por la tensión que se veía obligado a soportar (Mt 12,46; Mc 3,31; Lc 8,20). Tanto su seguridad como su salud fueron grandes preocupaciones para su madre, que, como cualquier otra madre, se inquietaba por el exceso de trabajo de su hijo o por el peligro que corría, debido a la cantidad de enemigos que se iba creando. A pesar del odio contra Jesús por parte de fariseos, saduceos y escribas, y de las constantes amenazas con que lo afrentaban, las mujeres fueron siempre sus más fieles discípulas y las que le mostraron mayor apoyo y atención (Mt 27,55-56; Mc 15,40-42; Lc 23,28). Sin embargo, a pesar de la cercanía de su madre y de las mujeres que lo acompañaron durante su ministerio, estas no pudieron comprender nunca sus luchas internas. La agonía y el sufrimiento íntimo y personal, que siempre lo acompañaron, los sufrió en soledad, y nunca dejó que le influyeran a la hora del ministerio. Por otra parte, no es de extrañar que las mujeres se consagraran a él durante su ministerio, pues él siempre demostraba solidaridad y cercanía. Jesús las atendió al instante y sin tener en cuenta sus creencias, su comportamiento moral, su raza, su credo, su cultura o su clase social (Jn 4,7-39). Las consoló cuando sufrían (Lc 7,12-15), curó sus enfermedades (Mt 9,20-22; Mc 7,22-29), perdonó sus pecados

(Lc 7,37-50; 13,11-16) y compartió mesa con ellas en sus casas (Lc 10,30-42).

«Jesús, superando las normas vigentes en la cultura de su tiempo, tuvo, en relación con las mujeres, una actitud de apertura, de respeto, de acogida y de ternura. De este modo honraba en la mujer la dignidad que tiene desde siempre en el proyecto y en el amor de Dios»¹.

Jesús acompañó a estas mujeres en sus dificultades. Sufrió y aceptó voluntariamente la injusticia de los distintos grupos religiosos, mientras aliviaba a quienes necesitaban de su consuelo físico y espiritual (Lc 13,11-17).

Precisamente por esta razón, durante toda su vida pública se iba esbozando su Pasión, que llegó a su momento álgido el jueves de su última semana y terminó en su crucifixión el día siguiente, el Viernes Santo. Haríamos un flaco favor a Jesús, a cada una de las mujeres que aparecen en los relatos evangélicos y a su propia madre, si no hiciéramos un pequeño esfuerzo por identificar y hacer un breve retrato de todas estas mujeres, que, según la Escritura, habían seguido a Jesús «desde Galilea, presenciando todo esto» (Lc 23,49), que «se daban golpes de pecho y se lamentaban por él», y a las que Jesús dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos» (Lc 23,27-28). Todas estas mujeres conforman un grupo al que hemos llamado las «mujeres de la Pasión». Fue en gran medida el ministerio de Jesús para con estas mujeres lo que permitió a sus enemigos acumular pruebas contra él. A lo largo de tres años fueron juntando todas las acusaciones para presentarlas

¹ JUAN PABLO II, *Carta a las mujeres* (1995) 3.

oportunamente ante el Sanedrín (Mc 14,53-64) y en el juicio de Pilato, celebrado en las primeras horas del viernes siguiente a la fiesta de la Pascua (Mc 15,1-5).

Las mujeres estaban allí con Jesús en esos momentos, al igual que él había estado junto a ellas cuando lo necesitaron. La atención ministerial de Jesús a esas mujeres y a todos los que lo necesitaban fue única. Por ello conviene que dejemos que estas mujeres nos hablen de Jesús y nos aclaren por qué el servicio que él les prestó le ocasionó tantos problemas. Escucharlas también puede ayudarnos a entender la razón por la que muchas de ellas le acompañaron en una especie de «cortejo fúnebre» en su viaje final a la muerte. Sus historias nos interpelarán en la oración, suscitarán en nosotros actitudes de gratitud y nos traerán gran paz. También dignificarán nuestras labores apostólicas y nos motivarán para emprender nuevas tareas en nuestras relaciones sociales y espirituales.

Estas mujeres entran en los evangelios y en la historia del cristianismo gracias a la transformación que el encuentro con Jesús produce en ellas. También nosotros, hombres y mujeres del tercer milenio, luchamos por vivir cada día el Evangelio. Dejemos por tanto que su ejemplo nos ayude en esta Cuaresma, tanto a nivel individual como en la comunidad de fe, esperanza y amor. Sus historias y sufrimientos nos enseñarán mucho más de nosotros mismos, de nuestras cruces, de nuestras relaciones sociales o emocionales y de nuestra necesidad de Dios. Jesús cambió sus vidas y las llenó por entero. Igual hará con nosotros si, como esas mujeres que diariamente lo acompañaban, o aquellas otras anónimas de Galilea o Jerusalén, nos abrimos con fe a experimentar su salvación, su misericordia y su compasión.

La mujer anónima que ungió a Jesús en Betania

(Mateo 26,10-11)

«Jesús se dio cuenta, y les dijo: "¿Por qué molestáis a esa mujer? Ha hecho una buena obra conmigo. Pues siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no me tendréis siempre"» (Mt 26,10-11).

Esta mujer de Betania abandonó la oscuridad del pecado al encontrarse con Jesús. Tal era la fuerza de su fe, que la empujó a entrar en una cena que habían ofrecido a Jesús en casa de Simón el leproso. No entró para divertirse, sino para servir y dar público testimonio de Jesús. Salió de la oscuridad de la noche para adentrarse en una casa con ambiente de luz y de fiesta. Su presencia asombró a todos. La historia de esta mujer forma parte de la narración de la Pasión, tal como se cuenta en Mt 26,6-13 y Mc 14,3-9. El mismo episodio se recuerda en Lc 7,36-50, pero con un significado distinto. Juan, que también incluye esta historia, la sitúa dentro de los seis días de la Pasión, modifica las versiones de Mateo y Marcos y llama a la mujer María (Jn 12,1-8). Por esta razón se la suele identificar como «María de Betania», que no hay que confundir con María Magdalena.

Nos detendremos en la versión que ofrecen tanto Mateo como Marcos, y que nos muestra a Jesús comien-

do en casa de Simón el leproso. Durante el almuerzo entró una mujer y derramó un jarro de alabastro con un unguento caro sobre la cabeza de Jesús, que en ese momento estaba cumpliendo su misión entre pecadores. Jesús no había ido a cenar por puro placer, sino para ponerse al servicio de quienes necesitaban amor y misericordia de Dios. Los exégetas consideran profético este gesto de la mujer con Jesús¹. Probablemente se trataba de una de las mujeres que, unos días antes, oyeron comentar a Jesús que durante la Pascua el Hijo del Hombre iba a ser crucificado. Su acción quería demostrar que reconocía a Jesús como el Hijo del Hombre, el Mesías, y con ella quería predecir su muerte y resurrección. Marcos escribe:

«Faltaban dos días para la fiesta de la Pascua y los panes sin levadura. Los sumos sacerdotes y los maestros de la Ley andaban buscando el modo de prenderlo con engaño y quitarlo de en medio. Pero decían: "Durante la fiesta no, para que el pueblo no se alborote"» (Mc 14,1-2).

Es en este momento cuando el evangelista sitúa la historia de esta generosa profetisa. Tanto Marcos como Mateo nos cuentan que la mujer ungió la cabeza de Jesús. La unción de la cabeza era un rito muy conocido por los judíos versados en el Antiguo Testamento. Era un símbolo de liderazgo. Reyes, sacerdotes y profetas eran ungidos. La razón por la que se unguía a alguien o algo no era otra que para consagrarlos. McKenzie nos dice que se hacía con los sacerdotes, con las tiendas, con el arca, con los

muebles de la tienda². Probablemente lo que la mujer estaba haciendo era reconocer a Jesús como Mesías e invitar a todos los que estaban presentes a hacer lo mismo. El aceite se usaba en las celebraciones de unción y servía como símbolo para distinguir a los guías de la comunidad. Mediante la unción se invocaba el Espíritu de Yavé sobre la persona y se le impulsaba a realizar algún hecho extraordinario. La unción concede a la persona un oficio carismático cuya misión siempre se realiza bajo el impulso del Espíritu³. Saúl fue ungido por Samuel (1Sam 10,1ss.), y también David fue ungido (1Sam 16,13), sólo por mencionar a dos reyes que fueron guías de su pueblo. No se trataba de un ritual que se usara sólo en el Antiguo Testamento. También oímos hablar de él en Sant 5,14, haciendo alusión al perdón de los pecados. Se trata de un rito con el que todos los católicos están familiarizados por el sacramento de la Unción de los enfermos.

Es muy posible que la unción de Jesús por parte de esta mujer misteriosa enfureciera tanto a los judíos presentes como a sus líderes y que, incluso, adelantara la persecución de Jesús. Su silencio, su manera de actuar y el hecho en sí produjeron un cambio importante en quienes se encontraban en la casa en aquel momento. La Escritura va más allá y nos dice que incluso sus mismos discípulos cuestionaron el uso de este caro unguento de aceite puro de nardo:

«Algunos se indignaron y dijeron "¿A qué viene este derroche de perfume? Se pudo vender a gran precio y dárselo a los pobres". Y la criticaban» (Mc 14,4b-5).

¹ M. A. GETTY SULLIVAN, *Women in the New Testament*, Liturgical Press, Collegeville 2001, 212.

² J. MCKENZIE, SI, *Dictionary of the Bible*, Geoffrey Chapman, Londres 1972, 35.

³ *Ib.*, 216.

A pesar de la confianza que tenían con Jesús y de las advertencias que él mismo les había hecho acerca de su muerte cercana, ninguno de los discípulos varones consiguió adivinar lo que aquella unción presagiaba sobre los crueles acontecimientos que se producirían en los días siguientes. Sue y Larry Richards, al comentar este episodio, dicen: «Puesto que las mujeres formaban parte del grupo de sus discípulos, esta mujer sabía bien lo que estaba haciendo»⁴. Como a menudo nos sucede a nosotros en el ministerio, los discípulos estaban al tanto de lo que pasaba, pero, a veces, oían sólo lo que podían entender. Como también nos sucede a nosotros en muchas ocasiones, los discípulos vivían el presente; sólo más tarde serían capaces de entender el pasado.

Mateo nos cuenta que la respuesta de Judas a esa unción fue acudir a los jefes de los sumos sacerdotes y negociar la entrega de Jesús. Al contrario que para María de Betania, para Judas lo único que cuenta es el dinero. Puso precio a Jesús, le pagaron lo estipulado y buscó el momento apropiado para entregarlo. La mujer, por el contrario, ante las mentiras de unos y las dudas de los discípulos, respondió con el silencio. Jesús, ante el dilema de optar por la justicia o la virtud, defendió a la mujer reconociendo su amor, su fe y su generosidad:

«Jesús dijo: “Dejadla, ¿por qué la molestáis? Ha hecho una obra buena conmigo; porque siempre tendréis pobres entre vosotros, y cuando queráis podéis hacerles bien; pero a mí no me tendréis siempre. Ha hecho lo que ha podido; se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura. Os aseguro

⁴ S. RICHARDS-L. RICHARDS, *Every Woman in the Bible*, Thomas Nelson Publishers, Nashville, Tennessee 1999, 197.

que donde se predique el Evangelio, en todo el mundo, se hablará también de lo que esta ha hecho para recuerdo suyo”» (Mc 14,6-9).

«El trabajo de las mujeres ha sido históricamente anónimo y escondido. Jesús se enfrenta a esta injusticia»⁵. Dice que la unción fue el anticipo de su sepultura y algunos expertos ven en estas palabras un anticipo del sacramento de la Unción de los enfermos, o Extremaunción⁶. Muchos católicos encuentran consuelo en estas palabras al pensar en su propia muerte. Jesús sólo recibiría esta unción y curiosamente era una mujer quien se la administraba. Fue la única, entre sus seguidores, que tuvo la iniciativa, la visión de futuro y el coraje suficiente para llevar a cabo esta arriesgada acción. Las mujeres son creativas, generosas y perspicaces. Son cualidades esenciales para poder dar la vida en la maternidad y para construir comunidad. Como una de nuestras antepasadas en la fe, esta mujer anónima representa la misericordia, el amor y la fe de todas las mujeres.

Muchos cristianos que reciben el sacramento de la Unción de los enfermos hablan de la paz y la serenidad que experimentan tras haberlo recibido. Esta acción curativa de Dios en el alma tuvo probablemente el mismo efecto de ánimo en Jesús. Es interesante el hecho de que fuera una mujer la que llevara a cabo la unción. Deberíamos preguntarnos muy seriamente si este gesto contiene algún mensaje para la Iglesia en este tercer milenio. «Jesús no habla de ningún otro discípulo, ni de Pedro, ni de Santiago ni de Juan, en términos tan

⁵ R. E. BROWN, SS-J. A. FITZMYER, SJ-R. E. MURPHY, OC (eds.), *The New Jerome Biblical Commentary*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey 1990, 669.

⁶ *Ib.*

elogiosos como lo hace con esta mujer⁷. Su acción fue un gran acto de generosidad. Fue un gesto de amor y reverencia y tuvo un significado único: «Os aseguro que donde se predique el Evangelio, en todo el mundo, se hablará también de lo que esta ha hecho para recuerdo suyo» (Mc 14,9).

La mujer no necesitó defenderse ni hacer nada más para asegurarse un lugar en la historia posterior. Su valor fue resaltado por Jesús y por quienes posteriormente han sabido leer su epitafio, escrito en las páginas del evangelio para nuestra propia edificación. Esta mujer dio todo lo que tenía, mientras que los varones que la contemplaban, siguiendo el ejemplo de sus predecesores quinientos años antes, sólo murmuraban y atacaban, como hicieron con Moisés en el desierto y lo hacen ahora con Jesús. Jesús, como un nuevo Moisés, culminó la última etapa del viaje que nos conduce a una nueva «tierra prometida», la de la nueva Alianza.

Reflexión

La escena se sitúa en Betania, una tierra de leprosos, considerados ritualmente impuros, habitantes de las tinieblas del pecado. La mujer, que había vivido en las tinieblas, caminaba ahora iluminada por la gracia divina. Iba a compartir la luz con los demás y a invitarles a hacer lo mismo. Con su silencio estaba transmitiéndoles un mensaje a cada uno de ellos y a todas las generaciones posteriores. Ellos podían rechazar su mensaje, pero no por eso iba a callárselo. Su acción, hasta

⁷ S. BARTON, *People of the Passion*, Triangle SPCK, Londres 1994, 3.

cierto punto extravagante, no tuvo un sentido práctico económicamente hablando. El Evangelio no habla de economía monetaria, sino de la economía del amor y de la compasión.

Cuando el Evangelio se acepta plenamente, nos ofrece alimento suficiente para nuestro ascetismo cuaresmal. Alguien dijo, sabiamente, que nuestro Creador no mira tanto las mortificaciones que aceptamos pensando en nosotros mismos, sino cómo respondemos a los conflictos que surgen en nuestra vida diaria, en nuestras relaciones con las personas con las que vivimos y trabajamos, en las necesidades de nuestra Iglesia y en otras situaciones que escapan a nuestro control. A menudo nos infringimos mortificaciones en tiempos de Cuaresma pensando más en nosotros mismos y en nuestro propio ego. El camino que nos ofrece esta mujer de Betania es todo lo contrario: una vida regida por la generosidad tal como la entienden las bienaventuranzas (Mt 5,3-12; Lc 6,20-25) y las obras de misericordia (Mt 25,31-46).

- Cuando caminamos en nuestro itinerario cuaresmal, ¿somos conscientes del lado más oscuro de nuestras vidas? ¿Nos damos cuenta de que estamos llamados a rechazar la oscuridad para caminar, acompañando a esta mujer, hacia la luz, que es Cristo? ¿Observamos que al acercarnos a esta luz se disipan nuestras tinieblas y nos convertimos en criaturas nuevas? ¿Hemos advertido que nuestras tinieblas son más duraderas cuando damos la espalda a Jesús?
- Teniendo en cuenta nuestras fuerzas, nuestra salud y nuestros recursos, ¿qué es lo que nos motiva más? ¿Acumular riquezas, adquirir propiedades para sentirnos seguros en un futuro que escapa a nuestro

control, o interesarnos por aquellos que viven en las tinieblas y olvidados por la sociedad?

- ¿Nos damos cuenta de que son muchos los jóvenes y niños obligados a vivir hoy en las tinieblas a causa de su situación económica y familiar?

Es en el hogar donde el joven aprende a vivir en la luz. Es en casa donde se aprende el valor de la vida y el regalo de los sacramentos. Los padres y madres que recibieron el perdón están mejor preparados para transmitirlo a sus hijos y para enseñarles el valor de la reconciliación. Frecuentemente, los hogares deshechos, y aquellos otros en los que los padres sufren cualquier tipo de adicción, viven en las tinieblas de la falta de perdón. Allí donde hay una escasa experiencia de reconciliación, el joven sólo llega a conocer la ira, el resentimiento y la amargura. Estos jóvenes, al vivir experiencias de perdón poco positivas, piensan que la única forma de avanzar es abrazar las tinieblas. Es el momento, en esta reflexión, de pedir por los hogares desestructurados, por las familias rotas y por las víctimas de cualquier tipo de mal.

- ¿Somos conscientes de estos graves problemas que sufre la sociedad actual? Y si es así, ¿se los presentamos a Jesús en nuestra oración para que extienda su mano y los cure?
- ¿Somos conscientes de que, cuando nos sentimos culpables, vivimos en tinieblas, por más que hayamos sido perdonados? ¿Nos damos cuenta de que Dios perdona nuestros pecados? ¿Advertimos que, a pesar de nuestros pecados, estamos hechos a imagen de Dios, que estamos comprometidos con Él en cuanto

hijos e hijas en el Bautismo? ¿Sabemos que la invitación de Dios durante esta vida espera ser ungió en el banquete pascual no por María de Betania, sino por el mismo Hijo?

La criada de Caifás que desafió a Pedro

(Mateo 26,69; Marcos 14,66-72;

Lucas 22,56-62; Juan 18,25-27)

La segunda mujer que nos presentan los evangelistas (en alguna ocasión se habla de dos) es la que aparece en el patio de la casa de Caifás:

«Pedro estaba fuera sentado en el atrio. Se le acercó una criada y le dijo: "Tú también estabas con Jesús, el galileo"» (Mt 26,69).

Por segunda vez en los relatos de la Pasión nos encontramos con una mujer anónima o, como en el caso de Mateo, con varias. Los cuatro evangelistas recogen este incidente, que causó una gran impresión entre los seguidores de Jesús y entre todos los que predicaron el Evangelio en la Iglesia primitiva. Pedro se muestra aquí débil y cobarde, pero también muy humano. Todos los que escuchan el episodio de las tres negaciones, y que conocen la estrecha relación entre Pedro y Jesús antes del incidente, inmediatamente llaman la atención sobre el contraste entre la gran fidelidad de Jesús a Pedro frente a la infidelidad de Pedro a Jesús. Todos los lectores judíos de Mateo comprenderían rápidamente la gravedad del hecho de que fuera una negación triple, y de que además la última negación fuera escuchada por un hom-

bre. Todo el que hubiera crecido en la cultura judía sabía que el testimonio de una mujer no se tenía en cuenta, mientras que la palabra de un hombre era siempre digna de crédito. El testimonio de un hombre valía más que el de un gran número de mujeres.

Cuando reflexionamos sobre este episodio tan triste y traumático, vemos que una simple chiquilla, una criada del Sumo Sacerdote, alguien sin influencia alguna y que tenía una de las posiciones más bajas de la servidumbre, como era la de portera, fue capaz de encararse a un hombre tan robusto pero sin embargo tan asustado. Una simple criada fue capaz de hacer caer en la cuenta a Pedro de la traición que estaba cometiendo contra su amigo, a quien precisamente unos días antes quiso defender aunque eso significara su muerte¹. Pedro, tan vulnerable ahora y sin el apoyo de los suyos, perdió el coraje y la valentía. No había allí nadie que lo reconociera. Se nos presenta a un Pedro frágil, pecador, muy humano, un hijo más de Eva.

Pedro fue quien aseguró tres veces que Jesús era el Hijo de Dios (Mt 16,15-16; Mc 8,29). Había sido elegido como testigo de la Transfiguración e incluso escuchó la voz del cielo que llamaba a Jesús «Hijo querido», enviado como Maestro (Mt 17,1-8). Jesús lo había elegido para ser la roca sobre la que se cimentara su Iglesia (Mt 16,18). Esta falta de fe de Pedro en ese momento de debilidad se recuerda en los cuatro evangelistas, al igual que se destaca también su confesión de fe y su sincera lealtad anterior (Mt 26,33; Mc 14,29; Lc 22,33 y Jn 13,37). Esta profesión de fe que Pedro hace, junto al relato de las ne-

¹ H. LOCKYER, *All the Women of the Bible*, Zondervan Publications, Grand Rapids, Michigan 1967, 226.

gaciones, viene a fortalecer la fe de quienes lo escuchan, los cuales atraviesan también por momentos de traición, dureza y persecución.

Una pregunta: ¿qué reacción tendría la siguiente generación de Jesús al conocer la historia de fe y fidelidad de un hombre como Pedro, que había sido elegido para liderar la Iglesia y llevar el Evangelio a los confines del mundo? Con el episodio de Pedro se transmite un mensaje de perdón, compasión y gracia. Su ejemplo serviría para mantener a los primeros cristianos en pie ante trances difíciles. Pero los evangelistas llegan más lejos, puesto que no fue este el final de la traición de Pedro a su Maestro. La traición continuó. Ninguna criada molestó a Pedro de nuevo, aunque como cuenta Mateo, una segunda mujer que trabajaba para el Sumo Sacerdote se acercó a él (Mt 26,7; Lc 22,58). Siguiendo la tradición que dice que para que haya un testimonio tiene que haber tres personas, Mateo corrige el incidente en su narración. Pedro insiste en negar a Jesús y lo hace ante esta segunda mujer, que probablemente no tendría una mejor situación que la primera, pues es posible que fuera la encargada de atizar el fuego. No obstante, debía de ser muy fiel a su jefe y se sentía orgullosa de formar parte de su núcleo de sirvientas. Para ella lo más importante era informar a su amo. Su lealtad contrasta con la que Pedro había mantenido días antes. Para esa mujer, Jesús era el enemigo de su amo, y por lo tanto también era su enemigo².

Finalmente, fue otra mujer la que desafió a Pedro, que negó a Jesús por tercera vez con la misma fuerza

² S. RICHARDS-L. RICHARDS, *Every Woman in the Bible*, Thomas Nelson Publishers, Nashville, Tennessee 1999, 200.

con la que había jurado defenderlo unos días antes. Sin embargo, se introduce un elemento nuevo que acentúa el dramatismo de la historia.

Tres de los evangelistas cuentan que cantó un gallo al final de la tercera negación. Pedro recordó que Jesús ya lo había anunciado y, en un momento de desesperación, salió y lloró amargamente de arrepentimiento. No era la reacción de un hombre que hubiera perdido la fe, sino la de alguien que, habiendo experimentado la misericordia, sabía que el perdón se concedía a quien lo necesitaba. El relato de Lucas añade que Jesús se volvió y miró a Pedro, quien, viendo la mirada del Maestro, se derrumbó. Los oyentes simpatizan con Pedro y reconocen su fallo, tan humano, y su necesidad de perdón. Esta historia, lejos de escandalizarlos, los confirmó en su fe. La imagen del arrepentimiento es poderosa y se enriquece con este detalle del relato de Lucas. La compasión mira al interior de quien llora con la misma compasión.

Los autores de la *New Jerome Biblical Commentary* comentan que la triple negación no estaba exenta de propósito: «En la teología judía de la Apostasía durante períodos de persecución, una negación privada era menos importante que una negación pública, y una negación evasiva era menos grave que una explícita»³. El relato de las negaciones en Marcos se construye de forma gradual hacia una negación explícita. Esto era un pecado muy serio. Pero lo importante es que Pedro reconoció la gravedad de la negación y actuó de forma apropiada. La mujer o mujeres anónimas tienen un papel relevante en este episodio. Eran insignificantes y frágiles,

³ R. E. BROWN, SS-J. A. FITZMYER, SJ-R. E. MURPHY, OC (eds.), *The New Jerome Biblical Commentary*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey 1990, 671.

pero fueron capaces de hacer que el seguidor de Jesús aparentemente más leal se arrodillara. Lo sorprendieron con la guardia bajada. La fragilidad humana quedó al descubierto y así enseñaron a las futuras generaciones y al mismo Pedro el valor de la perseverancia y la importancia de pedirla a diario en la oración. No se puede bajar la guardia. A las mujeres no les importa la posición social. Lo que nos muestra este episodio es que las palabras son una trampa peligrosa cuando se pronuncian irreflexivamente. Que el mal acecha también a aquellos que confían en sí mismos y en lo intachable de su comportamiento. Se está advirtiendo a quienes se han comprometido con sus votos que somos vasos de barro y que, al final, sólo dependemos de la perseverancia de un Dios que es todo misericordia.

Reflexión

Como la criada de Caifás, también nosotros somos siervos y, como Pedro, también nosotros somos discípulos. Podemos ponernos en ambas situaciones, aunque hay que hacer una distinción: lo nuestro no es un trabajo, ni tiene una remuneración, como en el caso de la criada de Caifás. Nosotros, habiendo sido ungidos en el bautismo como Pedro, hemos sido elegidos para seguir a Jesús como profetas, sacerdotes y reyes. Somos miembros de la casa de Dios. Somos llamados a predicar la Buena Noticia de la misericordia y la compasión en nuestra vida con hechos y palabras.

- ¿Cuidamos sólo de nosotros mismos mientras los pobres siguen sufriendo?

- ¿Estamos convencidos de vivir el Evangelio no sólo los días de la Cuaresma, sino también el resto de los días de nuestra vida?
- ¿Colaboramos como gentes de justicia y misericordia en las instituciones públicas cercanas a nosotros para que se respeten los derechos de todos?
- Cuando, en esta Cuaresma, Jesús mira a nuestros corazones, ¿ve en nosotros hombres y mujeres que comparten misericordia y bondad?

La mujer de Pilato

(Mateo 27,19)

Nos acercamos ahora a la tercera mujer anónima que aparece en el escenario de la pasión de Jesús, la mujer de Pilato, una mujer extranjera, ajena al judaísmo, como extranjera era también la Samaritana que Jesús encuentra en el pozo (Jn 4,7-38; Mc 15,40).

«Estando en el tribunal, su mujer mandó a decirle: "No resuelvas nada contra ese justo, porque he sufrido mucho hoy en sueños por causa de él"» (Mt 27,19).

A diferencia de la «insignificante» mujer (o mujeres) que abordaron y descubrieron a Pedro en la triple negación de Jesús en casa de Caifás, esta mujer tenía una posición social superior y un grado de influencia legítimo, por el simple hecho de ser la mujer del gobernador romano. Se sintió movida a pedir a su esposo que actuara con justicia. Llegar a decir: «No resuelvas nada contra ese justo» es mucho más que una simple solicitud o súplica de indulto. Mateo es el único que menciona a la mujer de Pilato, y le dedica una sola línea, pero basta esta breve mención para incorporarla al escenario de la Pasión. Los expertos creen que este sueño es una «inserción» posterior. En Mateo los sueños significan una guía divi-

na. El mensaje que aquí se quiere transmitir es que Jesús es justo¹. La única línea dedicada a la mujer de Pilato la retrata como una mujer decidida, íntegra, hábil: una mujer de acción. Su intervención la hace destacar entre las mujeres que siguieron a Jesús.

Como el resto de las mujeres de Betania, la mujer de Pilato no necesitó que se le erigiera posteriormente un monumento a su memoria. Con la simple advertencia que hizo a su marido llegó a las páginas del evangelio y sirvió de ejemplo para las futuras generaciones. Este sencillo mensaje, que conmovió a Pilato en lo más profundo y que por su importancia se recuerda en la Escritura, ha continuado conmoviendo a todas las generaciones posteriores.

Se nos muestra al hombre con más poder del país impartiendo justicia. Pilato era el único que habría podido anular la sentencia contra Jesús (Jn 18,31). Conocía bien a Jesús por su gran fama y por la abundante y detallada información que por su cargo poseía sobre el reo. Tanto él como su mujer habían oído cosas buenas y malas sobre Jesús y, probablemente, en la intimidad del hogar, habrían discutido sobre el tema y tendrían su propia opinión sobre ese Maestro tan admirado que, además, hacía milagros. Precisamente por todo esto, Pilato tenía serias dudas de la culpabilidad del acusado. Mateo lo dice con claridad: «Pues sabía que lo habían entregado por envidia» (Mt 27,18). Lucas nos cuenta que Pilato intentó evitar el juicio enviándolo a Herodes, que era quien tenía la jurisdicción en Galilea, lugar de donde procedía Jesús y en donde había iniciado su labor. Herodes, sin

¹ R. E. BROWN, SS-J. A. FITZMYER, SJ-R. E. MURPHY, OC (eds.), *The New Jerome Biblical Commentary*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey 1990, 671-672.

embargo, para consternación de Pilato y probablemente también de su esposa, lo devolvió para que lo juzgara y sentenciara el propio gobernador. Es posible que, desde su ventana, la esposa de Pilato observara el regreso del gentío. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Jesús estaba realmente en grave peligro y fue su instinto femenino lo que la llevó a proteger al inocente. Tenía que actuar con rapidez, influir en su marido, calmar su preocupación y convencerle de que Jesús era inocente de toda culpa.

Su mensaje sirvió para despertar en Pilato el interés por el reo y las dudas sobre su culpabilidad: «No resuelvas nada contra ese justo, porque he sufrido mucho hoy en sueños por causa de él» (Mt 27,19). Fue un mensaje que convenció a Pilato sobre la inocencia de Jesús. La expresión «ese justo» tuvo un eco importante en sus oídos y le llevó, como último recurso, a tratar de negociar con los judíos. Inmerso como estaba en el Antiguo Testamento, Mateo conocía perfectamente el significado que para sus oyentes judíos tenían los sueños. La mujer de Pilato se había convertido en mensajera de Dios. Ella misma confiesa que había sufrido mucho por Jesús. Emocionalmente estaba agotada, intelectualmente desconcertada y, espiritualmente, trastornada. Sabía que se estaba cometiendo una injusticia y la situación le hacía sufrir. No pedía piedad, pues no la necesitaba. Hablaba sólo de un hombre al que tanto ella como su marido consideraban inocente. Sólo estaba pidiendo justicia.

Según Mary Anne Getty Sullivan, el sufrimiento es una constante en el discipulado de Marcos: «No se trata de sufrir por el mero hecho de sufrir. El sufrimiento de la mujer de Pilato puede parecer estéril porque al final

ambos son cómplices en la muerte de Jesús»². Intentó persuadir a Pilato para que actuara con justicia sin medir las consecuencias que esta petición le pudiera acarrear. Temiendo la reacción de su mujer si no hacía caso a su petición, Pilato hizo un último esfuerzo para llegar a un acuerdo con los judíos y liberarlo. Les ofreció un intercambio, buscando evitar a Jesús la sentencia de muerte. No tuvo suerte. Lo que su mujer le había pedido fue en vano. Ella fue la única abogada de Jesús en aquel momento. Dios inspiró en ella un grito contra el inocente que iba a ser condenado. Sin embargo, el grito del poder triunfó sobre ella: «Su voz no fue suficientemente fuerte como para ahogar la fuerza del demonio, representada por los corruptos ancianos y sacerdotes que ya habían decidido llevar a Jesús a la muerte»³.

«No resuelvas nada contra ese justo», le pidió ella. Pilato vaciló al escuchar este mensaje. Reflexionó seriamente, pero decidió que, si quería continuar siendo gobernador, debía actuar. Así que tomó agua y, lavándose las manos, dijo a los judíos: «Soy inocente de esta sangre. ¡Vosotros veréis!» (Mt 27,24). Probablemente fue un intento de obedecer a la petición de su esposa o una forma de lavar su propia conciencia. Lo que sí está claro es que el mensaje le impresionó profundamente e influyó tanto en sus palabras como en su conducta. Al final, como su deseo de poder y de mantenerse en su posición fue más fuerte, entregó al inocente para que lo crucificaran.

Dice la tradición que la mujer de Pilato era una seguidora secreta de Jesús y que se llamaba Claudia. Estaba

² M. A. GETTY SULLIVAN, *Women in the New Testament*, Liturgical Press, Collegeville 2001, 133.

³ E. DEAN, *All the women of the Bible*, Harper Collins, Nueva York 1988, 205.

aún en una primera etapa del seguimiento. A estas personas se las llamaba «seguidores», aunque en realidad sólo fueran admiradores. Es muy probable que, a la vista de los acontecimientos que siguieron a la Pasión, llegara plenamente a la fe. Creyendo que recibió el don de la fe, es venerada por la Iglesia greco-ortodoxa y su fiesta se celebra el 27 de octubre. Otros creen, sin embargo, que el episodio de la mujer de Pilato y el mensaje que transmitió al gobernador fue algo ocasional y que acabó ahí. La historia, no obstante, nos cuenta que el gobierno de Pilato acabó mal, que se exilió y que finalmente se suicidó. La súplica de su mujer para que no hiciera nada contra Jesús acabó angustiándole. Cuando él mismo dice: «Soy inocente de esta sangre» (Mt 27,24b), estaba rechazando su culpabilidad. Los esfuerzos por convencerse de que no era culpable debieron de angustiarle el resto de su vida. Sabía que había ignorado una súplica justa y que había actuado en contra de su propia conciencia. Pilato abandonó la política y se enfrentó a un juicio moral contra sí mismo, un juicio que terminó condenándolo.

Reflexión

La mujer de Pilato tuvo misericordia. Durante nuestro itinerario cuaresmal, es esta misericordia la que busca tocar los corazones de las mujeres y de los hombres que sufren por la verdad y la justicia, como las personas que ayudan a los más desfavorecidos, o aquellos miembros de las fuerzas armadas que intentan llevar la paz a países en conflicto... La intervención de esta mujer en favor de Jesús nos interpela para que intervengamos contra las in-

justicias cometidas contra los que no pueden defenderse por sí mismos.

- ¿Somos misericordiosos cuando nos enfrentamos a políticas injustas en nuestras casas, parroquias, ciudades, naciones, etc.? ¿Qué acciones debemos realizar para que el fruto de la justicia sea la paz?
- ¿Usamos todos los medios a nuestro alcance para denunciar las injusticias (por ejemplo cartas a la prensa, manifiestos, participación en asociaciones, etc.)?
- ¿Somos abogados de causas justas aunque esto pueda perjudicarnos? ¿O, como Pilato, huimos del compromiso? ¿Nos lavamos las manos porque pensamos que los problemas de los demás «no van con nosotros»?
- ¿Dónde estamos cuando se discuten las necesidades justas?
- Jesús fue apresado por sus enemigos en un acto que hoy consideraríamos de terrorismo puro. ¿No son la guerra y la pobreza expresiones del terrorismo actual? ¿Qué hacemos para que los países ricos conozcan la realidad que se vive en el Tercer Mundo?

Las mujeres de Jerusalén

(Lucas 23,27-31)

Nuestra oración cuaresmal se enriquece especialmente al contemplar a este grupo entregado y lleno de fe. Primero considerándolo como grupo y después deteniéndonos en dos mujeres concretas que tuvieron una razón muy particular para formar parte del grupo y cuyas historias nos hablan de conversión y misión a la vez, dentro de una comunidad cristiana que necesitaba cambiar profundamente su visión en este campo.

✠
✠ «Jesús se volvió a ellas y les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos"»
✠ (Lc 23,28).

✠
Los relatos evangélicos de la Pasión dejan muy claro que los seguidores masculinos abandonaron y traicionaron a Jesús (Mc 14,50). Sin embargo dan fe de la presencia y fidelidad de las mujeres (Mt 27,55; Mc 15,40; Lc 23,49b).

Mientras que los relatos son unánimes en mostrar la fidelidad y la empatía de las mujeres, varían, no obstante, a la hora de mencionar quiénes fueron leales y quiénes traicionaron a Jesús, y a la hora de aclarar qué posición tomaron esas mujeres desde el momento en el que Je-

sús fue presentado ante Caifás hasta el momento de su muerte en la cruz.

Algunos evangelistas citan los nombres de algunas mujeres y pasan por alto a otras. Los expertos creen que estas omisiones se deben a la obligación de citar sólo a quienes ostentaban un destacado papel dentro de la comunidad o, en este caso, en el discipulado¹. A muchas de ellas ni siquiera se las nombra. Esta omisión se explica por el entorno masculino de Jesús, en el que el papel de las mujeres siempre guardaba relación con su marido, como es el caso de la mujer de Pilato (Mt 27,19), o con su padre, como es el caso de la hija de Jairo (Lc 8,40-42), o con algún otro pariente masculino, como es el caso de la madre de los hijos de Zebedeo (Mt 20,20). Si nos atenemos a este criterio, observamos que en los evangelios solamente aparecen nueve mujeres con cierto liderazgo en las comunidades cristianas, mientras que hombres serían unos veinticuatro.

Lucas nos muestra al primer grupo de mujeres que se presentaron a Jesús en el camino del Calvario:

«Lo seguía mucha gente del pueblo y mujeres, que se daban golpes de pecho y se lamentaban por él. Jesús se volvió a ellas y les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque vienen días en los que se dirá: Dichosas las estériles, los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han amamantado"» (Lc 23,27-31).

Las hijas de Jerusalén son aquí las plañideras profesionales que según la ley judía debían acompañar el ataúd

¹ R. BAUCKHAM, *Gospel Women*, T&T Clark International, Londres 2002, 21.

en las exequias. No está hablando de las mujeres que lo siguieron desde Galilea y que formaban parte del grupo que lo acompañaba en su ministerio (Lc 23,27)². Se refiere a aquellas otras mujeres que fueron objeto de la atención de Jesús, familiares o amigas de quienes habían recibido cualquier favor o milagro por parte de Jesús. Representan el agradecimiento y la lealtad. Lucas sabía que el sufrimiento debilita la fe y, recordando las palabras de Jesús a aquellas mujeres, anima a quienes sufren cada día y les hace ver que Dios comprende sus penas.

Tradicionalmente, en la Escritura se considera que una mujer es bendecida por el hecho de dar a luz. En Gén 1,28, Dios invita a la mujer a ser fecunda, pero estas mujeres, llenas de lealtad y de fe, están ahora escuchando un mensaje distinto. Los miembros de la comunidad que vivieron después de Jesús, durante el reinado del emperador Tito en el año 70, «recordarían estas palabras de Jesús, que hablan de la estéril que es bendecida cuando ve cómo otros niños son pasados a cuchillo»³.

Con estas palabras de Jesús, Lucas está inmortalizando a estas mujeres, como hizo Mateo con la mujer de Betania, con la criada de Caifás y con la mujer de Pilato. Es un retrato conmovedor el que nos ofrece Lucas, y los corazones se conmueven al contemplar la escena. *Las mujeres se daban golpes de pecho y se lamentaban por él*. Estas mujeres de la ciudad santa, de Jerusalén, se conmueven con el único que es santo. Están reconociendo aquí la injusticia cometida contra el hombre *justo* (Mt 27,19). Los judíos condujeron a Jesús directamente de la casa

² M. A. GETTY SULLIVAN, *Women in the New Testament*, Liturgical Press, Collegeville 2001, 118.

³ H. LOCKYER, *All the Women of the Bible*, Zondervan Publications, Grand Rapids, Michigan 1967, 235.

de Pilato al Calvario. Tenían prisa por enterrarlo ante la inminencia del sábado. Un día, una urgencia, dos temas típicos en los escritos de Lucas.

Poco después de la Anunciación, María subió *rápidamente* a una ciudad en las montañas de Judea (Lc 1,39). En el camino del Calvario, los soldados cogieron por sorpresa a un hombre para que ayudara a Jesús. La expresión *coger por sorpresa* denota prisa y significa que recurrieron a él de forma improvisada. No había plan previo. Se trataba de una urgencia. Esta urgencia también la sintieron las mujeres que seguramente oirían la noticia del arresto de boca de sus maridos y decidieron salir corriendo para acompañar al Maestro. Con ello arriesgaban sus vidas, pero no les importaba. Jesús las había acompañado, había estado con ellas, había sido objeto de su misericordia junto con otros muchos y precisamente por eso estaba ahora cargando con el madero en el que pronto iba a morir. Verlo tan brutalmente humillado las hundió. Sabían que iba a ser crucificado porque el demonio se había metido en sus corazones en forma de orgullo, inseguridad y corrupción.

Es posible que los judíos tuvieran prisa por matarle, pero Jesús no. Había sido siempre un hombre sereno y en esta ocasión no iba a cambiar sus planes para facilitarles las cosas a sus perseguidores. Tenía que continuar con su misión; aún no había acabado. Al pasar, advirtió la presencia de las mujeres llorando, se detuvo y les habló. Se cumplía la profecía que Simeón hizo en el templo treinta y tres años antes. Estaba destinado a ser signo de contradicción (Lc 2,34). Las mujeres fueron testigos de esta contradicción.

Se dirigió a ellas como «Hijas de Jerusalén», una manera fácilmente reconocible y usada frecuentemente

en el Antiguo Testamento, tanto en momentos de gozo como de tristeza. En este caso se trata de una situación de tristeza, que es la que embarga a estas mujeres de Jerusalén, tan llenas de fe y de lealtad. Jesús les habla de un futuro incierto y lleno de fracaso. Adivinaba lo que iba a suceder en aquella ciudad, destinada a ser santa pero que, lamentablemente, tenía una larga historia de corrupción e injusticia. Sobre ella se había lamentado ya, diciendo:

«¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos!» (Mt 23,37).

Probablemente, en su camino al Calvario, Jesús pensó en las graves injusticias que se habían cometido en aquella ciudad, y expresó con un lenguaje triste cómo la destrucción llegaría a su pueblo por la falta de fe. En el profeta Jeremías leemos:

«Y el pueblo a quien ellos profetizan será arrojado por las calles de Jerusalén, víctima del hambre y de la espada y no habrá quien los sepulte, ni a ellos, ni a sus mujeres, ni a sus hijos, ni a sus hijas. Yo haré recaer sobre ellos su iniquidad» (Jer 14,16).

Menos de cuarenta años después de la Crucifixión, el Templo fue destruido y los judíos de Jerusalén nunca llegaron a reconstruirlo.

Jesús concluyó su intervención hacia las mujeres con este viejo proverbio:

«Entonces, comenzarán a decir a las montañas: caed sobre nosotros. Y a los collados: sepultadnos; porque, si esto hacen al leño verde, ¿qué no harán al seco?» (Lc 23,30-31).

No tenemos claro su significado. Ateniéndose a lo que tanto los romanos como los judíos pensaban de Jesús, algunos estudiosos se atreven a explicarlo diciendo: «Si con Jesús, dador de vida, llegaron a hacer esto, qué no harán con una ciudad que, como Jerusalén, está muerta porque no se arrepiente»⁴.

Lucas nos presenta a Jesús recorriendo un largo camino desde la casa de Pilato en Jerusalén hasta el Calvario, en las afueras de la ciudad. Jesús estaba saliendo de la ciudad justo en el momento en el que aparecen las mujeres. Había quedado libre del poder del pecado y podía dar esperanza a quienes estuvieran dispuestos a recibirla, como es el caso de estas mujeres. Ellas participaban de su nueva manera de ver las cosas. Engendrarían una nueva generación. Dios no las había abandonado. Eran como el vientre del judaísmo, que alumbraría una nueva vida en justicia y en bondad en las afueras de Jerusalén.

Reflexión

En la actualidad, los cristianos somos como un vientre que engendrará una nueva visión en un mundo en el que la fe empieza a ser marginada. A través de nosotros existe la posibilidad de renacer y de hacer surgir, más allá de Jerusalén, a un mundo hambriento de espiritualidad.

⁴ R. E. BROWN, SS-J. A. FITZMYER, SJ-R. E. MURPHY, OC (eds.), *The New Jerome Biblical Commentary*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey 1990, 719.

Vivimos en un mundo en el que muchos de nuestros hermanos y hermanas viven amenazados. Muchos de ellos son maltratados por quienes deberían cuidarlos. Otros muchos ven sus vidas truncadas antes de haber empezado a vivir. Muchos son utilizados y abandonados cuando ya no se los considera útiles, o son abandonados por esos que una vez dependieron de ellos.

- ¿Nos habla Dios en nuestra vida cotidiana? ¿Cuál es su mensaje? Como el vientre de la cristiandad que somos, ¿somos llamados a ir a las afueras de Jerusalén para renovar su mensaje de misericordia?
- ¿Dónde estamos cuando se legisla la eutanasia, el aborto, el hambre, la guerra, la deuda del Tercer Mundo?
- ¿Sabemos lo que pasa hoy en nuestras ciudades y nos implicamos en solucionarlo? ¿Estamos motivados para seguir a Jesús, que también hoy está siendo crucificado entre nosotros?
- ¿Estamos allí donde Jesús está por nosotros? ¿Nos preparamos en la liturgia para advertir la presencia de Jesús mientras preparamos su Pascua?

La mujer sorprendida en adulterio

(Juan 8,3-11)

Nos encontramos ahora con una mujer que, como sucede con quienes recibieron una segunda oportunidad por parte de Jesús, tenía más que sobradas razones para llorar ante el espectáculo de sufrimiento que se abría ante sus ojos.

«Entonces Jesús se alzó y le dijo: "Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te ha condenado?". Y ella contestó: "Ninguno, Señor". Jesús dijo: "Tampoco yo te condeno. Vete, y no peques más"» (Jn 8,10-11).

Estamos ante una historia que, aunque propia de Lucas por abordar la compasión de Jesús, su perdón y su misericordia para con las mujeres (Lc 7,37; 8,43; 10,38; 13,11-16), aparece sólo en Juan, en el evangelio de la vida, de la luz y del amor. Es una de las dos únicas historias que hablan de mujeres pecadoras en el evangelio de Juan (Jn 4,5-30; 8,3-11). Ambos textos tienen una dimensión pascual y son ejemplos claros de las *otras muchas cosas* que Jesús hizo (Jn 21,25) y enseñó durante su ministerio. Las dos historias nos muestran a un Jesús trabajando con los últimos, preferentemente con los marginados. La actitud de Jesús hacia ellos, como en

este caso de la mujer adúltera, será la que más tarde se esgrimirá como principal acusación contra él durante el juicio previo a su muerte.

Jesús vivió en una sociedad clasista en la que era moneda corriente la opresión de los desfavorecidos por parte de las clases dirigentes, representadas por los fariseos, los escribas y los saduceos, que detentaban el control social y religioso. Jesús decidió no entrar en este sistema. Eligió trabajar desde abajo y fue entonces cuando los opresores de los marginados decidieron acabar con él. Al rechazar este clasismo, dejó claro que su misión era la de ayudar al hombre a recuperar la dignidad personal, esa que Dios nos ha dado a todos como hijos e hijas suyos. Jesús entendía que, por ser hijos de Dios, también los marginados tenían el derecho a vivir en una sociedad libre, querida y llena de compasión.

La mujer culpable fue conducida al templo por aquellos que, para mantener su estatus, se oponían a la compasión de Jesús. Ellos le pidieron a Jesús su opinión como doctor de la Ley. Querían que, en función de la Ley, Jesús juzgara a la mujer. Jesús, en presencia de aquellos eminentes profesores, se mantuvo sin embargo sereno y callado.

Si Jesús hubiera rehusado condenarla, lo habrían acusado de no cumplir con la ley de Moisés; si confirmaba que debería ser apedreada, cumpliendo la Ley, sería acusado de no ser leal con Roma pues, como se indica en Jn 18,31, Roma había prohibido a los judíos las penas de muerte establecidas en función de su Ley¹. La situación se volvió muy tensa y todos esperaban que Jesús emitiera un juicio de condena. Sin embargo, su sabiduría

era mayor que la de ellos. Sin dirigirse a la mujer que estaba delante, y sin cuestionar la ley judía, invitó a los presentes a juzgarse a sí mismos y, sólo después de que hubieran abandonado el templo, habló directamente a la mujer. No la acusó ni la denunció, sino que la invitó a una nueva vida, libre ya de pecado. Para ella esto supuso un momento de gracia y una segunda oportunidad. Quienes habían entrado en el templo para condenar a Jesús y a aquella mujer salieron de allí condenados por el peso de su conciencia.

El adulterio era un pecado que se castigaba con la muerte de ambos, el hombre y la mujer, a pedradas (Dt 22,23-24). Los acusadores anónimos conocían perfectamente la Ley y podían haber aplicado el ritual sin necesidad de consultar con Jesús. La consulta no tuvo más finalidad que la de tenderle una trampa para condenarlo. Además, prefirieron ignorar también el desigual trato que se daba a las mujeres con respecto a los hombres: «Se consideraba que un hombre y una mujer adúlteros violaban los derechos del marido de esta, pero se pensaba que, sin embargo, la mujer casada no tenía derechos, así que el hombre era libre de no respetarla»². Una simple relación sexual no era adulterio si la mujer no estaba casada. Esta mujer estaba casada y en este caso ambos participantes estaban condenados por la Ley. El pecado era compartido, aunque en este caso los legisladores no condenaron al hombre, sino que lo invitaron a marcharse. El placer era una prerrogativa del hombre. La culpa sólo recaía en la parte femenina de la pareja. El crimen cometido por la mujer fue el de permitir al hombre usar su cuerpo para satisfacer sus deseos carnales.

¹ R. E. BROWN, SS-J. A. FITZMYER, SJ-R. E. MURPHY, OC (eds.), *The New Jerome Biblical Commentary*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey 1990, 965.

² J. MCKENZIE, SJ, *Dictionary of the Bible*, Geoffrey Chapman, Londres 1972, 14.

La discusión no estriba en si la mujer, a la hora de pecar, había actuado libre o forzada. De hecho, para algunos estudiosos esta situación fue una trampa perfectamente orquestada³. El objetivo de los acusadores no era que se hiciera justicia o que se cumpliera la Ley, sino tender una trampa a Jesús. La mujer era una excusa para lograr su propósito. Esto nos muestra que Jesús estaba continuamente vigilado; no se podía despistar. Su compasión por las mujeres, un colectivo sin derechos, fue un blanco ideal para sus adversarios, que no estaban dispuestos a dejar libre a alguien que ejercía su ministerio de misericordia entre los sometidos a leyes absurdas.

Aunque en el evangelio Jesús se muestra siempre como un judío cumplidor, también era capaz de interpretar la Ley, poniendo en un brete a los fariseos. Jesús añadió una nueva norma a la Ley, la norma de la misericordia, la compasión y el amor. En su breve conversación con la mujer una vez que se habían marchado sus acusadores, no prestó atención a su pecado. No la condenó, sino que la invitó a no pecar más. Jesús no estaba a favor del adulterio, sino totalmente en contra. Invitó a la mujer a no pecar más. Jesús nos muestra frecuentemente en los escritos de los evangelios sinópticos que el adulterio es pecado (Mt 5,27-32; 15,18-19; 19,18). Cuando absuelve a la mujer, Jesús es coherente con su misión salvadora, que se propone que los pecadores entren a formar parte del reino de Dios.

Por otro lado, podemos ver que toda la violencia que se dirigía a la mujer se dirige ahora a Jesús. «Al rehusar condenarla, Jesús cargó con su culpa. El pecado no deja

³ M. A. GETTY SULLIVAN, *Women in the New Testament*, Liturgical Press, Collegeville 2001, 103.

de ser pecado aunque se haya conmutado la sentencia: el pecado tiene aún sus consecuencias»⁴. Es Jesús el que borra las consecuencias del pecado. Será obligado a cargar con ellas por parte de quienes se convertirían más tarde en sus acusadores, ante el Sanedrín primero y después ante Pilato y Herodes.

El autor del texto del evangelio de Juan nos dice que Jesús había entrado en el templo, un lugar sagrado para los judíos. Había estado rezando en el huerto de los Olivos antes de ir a enseñar al templo, y allí le plantearon el juicio de la mujer. Más tarde irían a buscarle al monte de los Olivos. Allí sería detenido tras la cena de Pascua con sus discípulos y llevado hasta el Calvario. Al final, los fariseos, los escribas y los saduceos lograrían su propósito.

El templo era el santuario de Dios. Era el lugar sagrado sobre el que Ezequiel escribió que volvería, tras el exilio, para restaurar la gloria de Dios. Esta gloria vuelve ahora en Jesús, en clave de misericordia, perdón, compasión y amor. Tanto la Ley como la doctrina sobre la expiación de los pecados debían ser reinterpretadas desde el amor, la misericordia y el perdón. La verdadera interpretación de la ley mosaica consiste en saber que Dios ofrece siempre una segunda oportunidad. Jesús escribe dos veces en el suelo (Jn 8,6; 8,8). En esta actitud encontramos al Dios del perdón y de la compasión, al Dios que da una doble oportunidad. Al comentar esta escena, san Agustín señala que, después de que todos se hubieran marchado, sólo quedaron dos personajes: la misericordia y el pecado; Jesús y la mujer.

⁴ V. STEM OWENS, *Daughters of Eve*, Navpress, Colorado Springs, Colorado 1995, 126.

El juicio de Dios es salvación y no condena⁵. Cuando invita a la mujer a no pecar más, Jesús le está ofreciendo el regalo de una nueva vida. La mujer quedó transformada y libre. Jesús, sin embargo, debe sufrir ahora las consecuencias de esta acción. Y lo hizo en el momento de la entrega en el huerto, en el camino del Calvario, en la misma cruz. No resulta por tanto descabellado concluir que esta hija de Jerusalén formaba parte de aquel grupo de mujeres que, en medio del sufrimiento, ofrecieron a Jesús su agradecimiento, su amor y su total adhesión (Lc 23,27).

Reflexión

Esta historia deja en los lectores un sentimiento de gratitud a Jesús y plantea diversas cuestiones morales que ponen en entredicho el papel de escribas y fariseos. Ellos dicen que la mujer fue «sorprendida en flagrante adulterio». Y lo dicen hombres que deberían ser paradigmas de la virtud y de la santidad. ¿Dónde estaban ellos para descubrir el adulterio? ¿Cómo se habían enterado de esa relación ilícita? ¿Cómo es posible que plantearan la cuestión a Jesús en un momento tan oportuno? Resulta increíble que, estando tan ocupados como estaban en su propia virtud y en la moralidad de los suyos, tuvieran tiempo para vigilar la conducta de los habitantes de los alrededores de Jerusalén.

La ley mosaica explica con claridad que el pecado de adulterio debía ser castigado con la lapidación. Ambos, hombre y mujer, debían ser apedreados, y no sólo la

⁵ M. A. GETTY SULLIVAN, *o.c.*, 104.

mujer, como se plantea en este caso (Dt 17,5-6; 22,23-24). No obstante, en aquel momento ese tipo de castigo no era frecuente. La lapidación había sido abolida por el emperador romano, y Jesús lo sabía. Además, si la gravedad del caso hubiera planteado la necesidad de este castigo, la decisión la habría tratado un grupo de rabinos, como sucedió con Jesús, y no unos pocos escribas. Jesús sabía que los escribas y fariseos no lo reconocían, ni a él ni a su doctrina, y que su intención no era juzgar aquel adulterio, sino acumular pruebas contra él para desacreditarlo y condenarlo.

Cuando vemos que en dos ocasiones Jesús escribe en el suelo, apreciamos el valor que Jesús otorga al discernimiento. Jesús replanteó el juicio que se le proponía como un juicio a sus propias conciencias. Ayudó a la mujer a reconocer su propia culpa y rehusó tratarla como un objeto. Le reconoció su humanidad y la situó al mismo nivel que sus acusadores, al plantear que quien estuviera libre de pecado tirase la primera piedra. A Jesús no le importaba el litigio en sí mismo, sino la persona humana. Así que a cada uno le pidió una cosa: a la mujer, que no pecara, y a los acusadores, que revisaran sus conciencias antes de acusar a los demás. Sabía que ellos no se habían reunido para condenar a la mujer adúltera, sino para condenarlo a él y a todo lo que saliera de su boca.

Una vez que se deshizo de sus acusadores, Jesús habló con la mujer y le aclaró que no estaba allí para condenar, que quería darle una nueva oportunidad, que debía recuperar su dignidad de hija de Dios. Las palabras que escoge Jesús para dirigirse a la mujer nos llevan a pensar que efectivamente se trataba de una pecadora, aunque no se especifique si era o no prostituta. Jesús, delante de todos, permitió a esa mujer recobrar su dig-

nidad, le permitió expresarse por sí misma y marcharse de allí con una nueva visión de futuro. Como tantas otras mujeres en los evangelios, esa mujer llegó como víctima y se marchó como mujer libre. Gracias a que había sido tratada con respeto estaba ahora preparada para reclamar su dignidad como hija de Dios.

Sin embargo, aquello no se vio como un acto de virtud. Los enemigos de Jesús tenían un nuevo motivo para destruirlo: Jesús había perdonado a una pecadora.

- ¿En ocasiones nos confabulamos contra los demás con el pretexto de ayudarles o de sacarles de un error? ¿Nos erigimos a veces en jueces de los demás, emulando una actitud que sólo a Dios le corresponde?
- En nuestro camino cuaresmal, ¿hemos sido realmente generosos en nuestras comunidades? ¿O hemos ayudado a unos y excluido a otros por celos, por egoísmo o por inseguridad?
- Es muy posible que el episodio de la mujer adúltera fuera orquestado por los propios escribas para perjudicar a Jesús. En nuestras relaciones personales o profesionales, ¿hemos perjudicado a otros para prosperar nosotros? ¿Hemos usado el lenguaje para confundir a los demás, para reírnos de ellos, para excluirlos? ¿Cómo andamos de justicia? ¿Callamos las injusticias por cobardía, o las denunciemos aun a riesgo de vernos perjudicados?

Antes de emitir un juicio sobre la mujer sorprendida en adulterio, Jesús contempla el suelo y escribe dos veces en él, lo que aumenta la tensión y el suspense en la escena. Finalmente, Jesús alza la mirada y decide dar a la

mujer una nueva oportunidad y llevar a los acusadores a enfrentarse con sus propios demonios.

- Cuando surgen situaciones desagradables en las que debemos emitir un juicio o tomar una decisión difícil, ¿nos mantenemos serenos? ¿Nos tomamos un tiempo para reflexionar, o juzgamos de forma rápida e irreflexiva, perjudicando con ello a los demás? ¿Tomamos decisiones que perjudican a los más débiles, aunque sean estas políticamente correctas?
- Cuando ocupamos posiciones de liderazgo, ¿damos segundas oportunidades? ¿Nos dejamos amedrentar hoy por los nuevos escribas y fariseos?

Una mirada de compasión, una simple palabra de Jesús dieron fuerza a la mujer adúltera para cambiar su vida. Si queremos abrazar el Evangelio en esta Cuaresma, debemos tomarnos un tiempo para reflexionar antes de emitir juicios sobre los demás. El Domingo de Pascua, mientras otros miran a Jesús y cantan *Aleluya*, podemos hacer un esfuerzo y contemplar, como Jesús, el suelo en silencio y reflexionar así sobre la necesidad de perdón.

La Samaritana

(Juan 4,7-38; Marcos 15,40)

La Samaritana representa a las mujeres que, de forma anónima, acompañaban a Jesús en su camino desde Galilea a Jerusalén, atravesando incluso Samaría, a las que Jesús había atendido en su ministerio apostólico. También representa a aquellas otras mujeres, como la mujer de Pilato, que llegaron a la fe desde el exterior del judaísmo, como extranjeras. Son aquellas mujeres «que se daban golpes de pecho y se lamentaban por él» (Lc 23,27):

«Llegó a un pueblo llamado Sicar, junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, se sentó junto al pozo. Era cerca del mediodía. Llegó una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dijo: "Dame de beber"» (Jn 4,5-7).

Juan sitúa la historia en un lugar significativo de su evangelio. El episodio ocurre poco después de que Jesús hubiera sido rechazado por su pueblo durante las fiestas de la purificación del templo (Jn 2,13-25). Al poco tiempo del penoso incidente en el recinto sagrado, Juan hace viajar a Jesús de Galilea a Jerusalén, pasando por Samaría. Allí entabla un diálogo con una mujer samaritana que también había sido rechazada por su pueblo. Jesús

había abandonado la ciudad que no lo había acogido y que testificará en su contra para que lo crucifiquen (Mt 27,23). Cansado del camino, se detiene aquí, en Samaría. En contraste con Israel, esta mujer samaritana, ama de casa, no sólo conversará con Jesús de los más diversos temas, sino que experimentará también un profundo cambio en su vida.

La escena es sugerente. Se trata de una mujer feliz, ocupada en sus menesteres caseros y con un compañero al que cuidar. Como cualquier otra mujer de su entorno, sufría un rechazo relacionado con su propia identidad femenina y las dificultades propias de la vida personal y privada. En ese momento estaba sola en el pozo y no podía sacar agua. Se le hacía tarde para volver a casa. Como Jesús, era una forastera que había sido rechazada por su comunidad por su forma de vida. Cuando habló con Jesús, quiso comunicarle su situación personal.

Era concedora tanto del Pentateuco como de la promesa mesiánica. Aunque era feliz, se sentía rechazada por haber elegido un estilo de vida personal. A pesar de conocer lo que los judíos opinaban de los samaritanos, no le importó detenerse a hablar con Jesús y preguntarle: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (Jn 4,9). Se trata de una mujer valiente, no cabe duda, pues una mujer sola no debía conversar con un hombre ni con nadie de otra raza que se considerara superior a ella. El hecho de que sea la única persona que llama a Jesús «judío» en los evangelios muestra que tenía sus propios prejuicios hacia los judíos y que, sin embargo, no le importó acercarse y conversar con él.

Jesús aprovechó su curiosidad para entablar conversación con ella y así la mujer se fue acercando a él. La samaritana tenía experiencia en el trato con los hombres.

El diálogo versó sobre el agua que quita la sed momentánea, y de ahí cambió hacia el agua espiritual y teológica, que lleva a la vida eterna. Ella supo descubrir en esa conversación que Jesús no era como los hombres que había encontrado antes: era diferente. Había mostrado interés por las cosas profundas, por las cosas interiores. Conocía su situación personal, pero no le importaba. «Jesús la encontró en un momento de vacío, el mismo vacío que le sirvió de reclamo. La mujer se abrió a Jesús cuando confesó su pecado»¹. Jesús cambió en ella la necesidad, transformándola en sed espiritual y emocional. Venía de la oscuridad y llegó al pozo a mediodía, en el momento en el que el sol está más alto. Hablando con Jesús abandonó las tinieblas del pecado y pasó a ser hija de la luz. Como los discípulos que abandonaron sus redes en la orilla del lago de Galilea (Jn 1,40-41), la samaritana dejó el cántaro en el pozo y se marchó aprisa, como hizo Andrés para anunciar la buena noticia a todos (Jn 4,28a).

«En esto llegaron sus discípulos y se admiraron de que estuviera hablando con una mujer. Pero ninguno se atrevió a decirle qué le estaba preguntando o por qué estaba hablando con ella» (Jn 4,27).

Jesús se sirvió de este episodio para catequizar a sus discípulos (Jn 4,31-38), que aún mantenían criterios muy cercanos a la mentalidad judía en lo que se refiere a la purificación y al trato de hombres con mujeres. Cuando Jesús se dio cuenta de esto se entristeció, pero no se lo reprochó, sino que aprovechó para transmitirles que era necesaria una nueva evangelización. Jesús les recuerda

¹ J. J. McLLON, *Forty Days plus Three*, Liturgical Press, Collegeville 1989, 55.

que todo pensamiento, palabra o acción deben servir para la extensión del reino de Dios.

La mujer quedó tan impresionada por el encuentro con Jesús y por sus palabras, que olvidó el cántaro de agua y fue a llamar a sus vecinos:

«Venid a ver a un hombre que me ha adivinado todo lo que he hecho. ¿Será acaso este el Mesías?» (...). Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por el testimonio de la mujer» (Jn 4,29.39).

Aquella mujer tenía un encargo que hacer, una misión que cumplir. Sin embargo, cuando llegó el mediodía, llegó a casa habiendo olvidado su obligación, pero con una nueva misión mucho más importante. Comprendió y aceptó la carga simbólica del agua y se sirvió de ella para alentar a su comunidad a la fe. «Entre los valores fundamentales que hoy tiene la mujer es su capacidad de entrega»². La samaritana es un buen modelo de esa capacidad. La Escritura nos ofrece un excelente retrato de esta primera misionera. Representa una síntesis del mensaje evangélico³ y un símbolo para todas las mujeres de fe. Se trata de una de esas mujeres que, según Marcos, estaban «mirando desde lejos» a Jesús crucificado (Mc 15,40). La samaritana «es el mejor resumen de cómo un pueblo puede pasar de ver a Jesús primero como judío, después como profeta, más tarde como Mesías, y finalmente como Salvador del mundo»⁴.

² J. RATZINGER, *Carta a los obispos* (2004) 13.

³ M. A. GETTY SULLIVAN, *Women in the New Testament*, Liturgical Press, Collegeville 2001, 96.

⁴ D. McBRIDE, *Seasons of the Word: Reflections on the Sunday Readings*, Redemptorist Publications, Alton, Hants 1991, 83.

Reflexión

Jesús está en esta escena alejado de sus discípulos. A pesar de estar cansado y sediento, continuaba con su misión. La mujer fue a buscar agua para proveer sus necesidades domésticas y le pasó lo que a muchos de nosotros, que vamos a comprar una cosa y, al final, compramos otra. Llegó sabiendo lo que quería, pero se fue con otra cosa completamente diferente. Tuvo una experiencia que le cambió la vida. Se mostró educada y amable con aquel forastero que la respetó y le dio conversación. Él no quiso darle lecciones morales sobre el pecado, sino que la transformó y le dio fuerzas. La samaritana encontró la fe, hizo un nuevo amigo y llevó la buena noticia a sus vecinos (Jn 4,39).

- Durante nuestros cuarenta días de desierto en la Cuaresma podemos reflexionar qué podemos aprender de esta mujer. Podemos también analizar cómo nos comportamos con las personas de raza, creencia o posición social distinta a la nuestra. Es posible que en nuestra parroquia, en nuestro barrio o incluso en nuestra familia nos encontremos con personas de otro país, con personas de credos distintos, o incluso con personas cuyo comportamiento moral rechacemos. ¿Cómo nos comportamos con ellas?
- Este texto también puede invitarnos a analizar si nos sentimos molestos cuando personas de otro país o de otra religión ocupan puestos que creemos que nos corresponden. ¿Estamos preparados para esa situación?
- Como los discípulos, ¿juzgamos a aquellos que se esfuerzan por ayudar a los demás? ¿O clamamos nosotros mismos contra las injusticias?

- ¿Estamos dispuestos, como hizo la samaritana, a olvidarnos de nuestros intereses para dedicarnos en serio a la evangelización?

Todos pasamos en algún momento por una Samaría. Pero lo que cambia nuestras vidas no es el hecho de atravesar Samaría, sino cómo nos comportamos allí y hasta qué punto permitimos que experiencias como esa nos transformen. Los discípulos veían en Samaría un lugar que había que abandonar pronto, un lugar de paso. Jesús, por el contrario, ve un lugar de evangelización. Jesús invitó a sus discípulos a considerar aquella tierra una tierra fértil para la evangelización. Les mostró que debían detenerse y prepararse para recoger una buena cosecha en honor de Dios.

Hoy, la Iglesia sigue conservando el espíritu de Samaría. A pesar de las duras críticas y acusaciones a las que se ve sometida en el mundo actual, la Iglesia sigue invitando a miles y miles de jóvenes a abrirse a la esperanza y a encontrar su lugar en la Iglesia. Debemos rezar con fuerza para que estos jóvenes encuentren su lugar.

Jesús escogió a esta mujer como una potencial seguidora, y a sus discípulos les dice: «Alzad los ojos y ved los campos ya dorados para la siega» (Jn 4,35). Jesús se refería a las personas que le rodeaban, aquellos a los que debía evangelizar. Los estaba animando a dejar atrás los prejuicios y a abrazar la diversidad del reino de Dios. Hoy, Jesús sigue llamando a muchos padres y a muchas mujeres para que despierten en sus hijos la necesidad de ser evangelizados, la sed para que pueda llegarles el Evangelio.

Ojalá que, en esta Cuaresma, cada uno de nosotros, padres, maestros, sacerdotes, etc., cumplamos con nues-

tra misión y, como la samaritana, llamemos la atención de nuestros hijos e hijas. Los campos están «ya dorados para la siega» en la Samaría de hoy.

*Las mujeres nombradas que acompañaron
a Jesús desde Galilea*

(Marcos 15,40)

«Había también unas mujeres mirando desde lejos. Entre ellas María Magdalena, María la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé, las cuales, cuando estaba Jesús en Galilea, lo acompañaban y lo servían» (Mc 15,40-41a).

Los evangelios nos presentan aquí a otro grupo de mujeres que, nombradas directamente o de forma anónima, debían de ser guías en la Iglesia primitiva junto a María, la madre de Jesús. Durante nuestras meditaciones cuaresmales, el ejemplo de estas mujeres puede ser útil para aquellos que tengan algún tipo de responsabilidad en la comunidad eclesial o que sirvan en la vida consagrada. Son mujeres que pertenecieron al grupo de discípulos durante el ministerio de Jesús y que ofrecieron su contribución personal junto a su guía, María Magdalena. Esto lo sabemos porque, cuando los tres evangelistas mencionan a estas mujeres, destacan a cinco, a las que otorgan un papel relevante. El hecho de que los evangelistas nombren a algunas mujeres pero no a otras se debe, según los estudiosos, a la tendencia a simplificar la narración, nombrando sólo a las mujeres que ya hubieran aparecido en la historia y con las que los lectores se

sentían más familiarizados¹. Para no olvidar a las mujeres anónimas, también mencionaremos a dos que tenían razones poderosas para estar presentes en la Pasión. Pero las que aparecen con su nombre son las siguientes:

- Mt 27,56: «Entre ellas estaba María Magdalena, María la madre de Santiago y José, y la madre de los hijos de Zebedeo [Salomé]».
- Mc 15,40: «Había también unas mujeres mirando desde lejos. Entre ellas María Magdalena, María la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé».
- Jn 19,25: «Estaban en pie junto a la cruz de Jesús su madre, María de Cleofás, hermana de su madre, y María Magdalena».

La presencia de estas valientes y fieles mujeres constituye un gran contraste con respecto a la presencia masculina. En un evangelio se menciona solamente la presencia de Juan junto a María, la madre de Jesús. En los relatos de la Resurrección, a quienes primero se aparece Jesús es a las mujeres (Mt 28,9; Mc 16,9; Jn 20,13). También ellas conformaron el grupo inicial encargado de dar testimonio de la Resurrección (Mt 28,10; Mc 16,7.10; Jn 20,16-17). Esto nos confirma que Jesús recompensó su fidelidad y permitió que las mujeres tomaran un papel importante en el ministerio como primeras testigos de su resurrección. Comentando el papel de las mujeres en el ministerio de Jesús, Edith Dean escribe: «Para Mateo, las mujeres son garantes de la tradición»². Se trata de una idea importante y de un enorme desafío al ministerio

¹ R. BAUCKHAM, *Gospel Women*, T&T Clark International, Londres 2002, 236.

² E. DEAN, *All the women of the Bible*, Harper Collins, Nueva York 1988, 371.

ordenado masculino. Pero, por encima de todo, es una llamada de atención para el Magisterio en este tercer milenio, en el que asistimos a una gran crisis de vocaciones en la Iglesia occidental.

María Magdalena

(Mateo 27,56; Marcos 15,40; Juan 19,25)

Reflexionemos ahora sobre cada una de las mujeres del grupo cuyos nombres se incluyen en los evangelios y que viajaron con Jesús desde Galilea. Muchos de los estudiosos actuales consideran que María Magdalena tenía un ministerio tan significativo como el de Pedro, aunque distinto¹.

«Jesús le dijo: "¡María!". Ella se volvió y exclamó en hebreo: "¡Rabbuní!" (es decir, "¡Maestro!")» (Jn 20,16).

Excluyendo a su madre y a Pedro, el discípulo guía, la única persona que muestra una gran compenetración con Jesús no sólo durante su vida, sino también en el momento de la cruz, es María Magdalena. El hecho de que estuviera libre para seguir a Jesús de forma constante indica que se trataba de una mujer soltera, con pocas obligaciones domésticas y con recursos. Muchos estudiosos creen que, al igual que Juana, mujer de Cusa (Lc 8,3; 24,10), María Magdalena puso sus recursos al servicio de Jesús y del grupo de discípulos. Magdala era una próspera y conocida ciudad y un importante centro

¹ S. RICHARDS-L. RICHARDS, *Every Woman in the Bible*, Thomas Nelson Publishers, Nashville, Tennessee 1999, 186.

de actividad para el comercio sexual, al sur del lago de Genesaret.

Creen los entendidos que no hay que confundir a esta María con María de Betania, la que ungió la cabeza de Jesús anunciando así su Pasión, muerte y apresurado funeral². Se trata de dos caracteres distintos identificados por la ciudad en la que viven. El nombre de María Magdalena aparece catorce veces en los evangelios, considerablemente con más frecuencia que cualquier otra mujer discípula, incluso la madre de Jesús. En ocho de los pasajes encabeza la lista de mujeres discípulas, en uno es la segunda tras la madre de Jesús, y en cinco aparece sola³. Su liderazgo sobre el resto de mujeres discípulas es evidente. Estaba total e incondicionalmente entregada al ministerio y misión de Jesús.

Generalmente se cree que se trata de una mujer que fue curada por Jesús de una grave enfermedad. Lo leemos en el evangelio de Marcos:

«Jesús resucitó al amanecer del primer día de la semana, y se apareció primero a María Magdalena, de la que había lanzado siete demonios» (Mc 16,9; Lc 8,2).

Sin embargo, no conviene interpretar esta frase literalmente. Para los judíos el siete era un número místico. Aparece 465 veces en la Biblia y, de todas ellas, 318 en el Antiguo Testamento. Los estudiosos interpretan que, más que estar endemoniada, María Magdalena padecía una enfermedad nerviosa, posiblemente epilepsia. En cualquier caso, lo importante es que Jesús la curó y que ella,

² M. A. GETTY SULLIVAN, *Women in the New Testament*, Liturgical Press, Collegeville 2001, 96.

³ E. DEAN, *All the Women of the Bible*, Harper Collins, Nueva York 1988, 203.

en agradecimiento, se convirtió en una de sus más fieles seguidoras. Herbert Lockyer y algunos otros señalan que una lectura cuidadosa de los evangelios la retratan como una discípula pura, cariñosa, comprometida, leal y fiel:

«Sugerir que se trataba de una mujer disoluta porque había estado poseída por siete demonios equivale a afirmar que toda persona sin salud es una perversa. No hay palabra alguna en los textos de los santos Padres, cuya autoridad está muy cercana a la de los apóstoles, que considere a María una mujer de mala reputación»⁴.

La idea de su impureza se debe a que Lucas nos cuenta la historia de la curación de una mujer con un pasado pecador inmediatamente antes de mencionar a las mujeres que seguían a Jesús (Lc 8,36-50). Se trataba de una de las muchas historias del Nuevo Testamento que ilustran la capacidad de Jesús de curar y de restaurar la dignidad a la gente por su rica misericordia. «Las personas salen de la marginalidad y ocupan lugares prominentes gracias a la respuesta que dan a Jesús cuando se encuentran con él»⁵. Un análisis minucioso de la Sagrada Escritura nos muestra a María Magdalena como una mujer de carácter ejemplar, valiente, misericordiosa y fiel. El hecho de que tres de los cuatro evangelistas la sitúen en el Calvario y que Juan la incluya en el grupo de mujeres que corrieron a la tumba el día de Pascua ilustra su importancia y el liderazgo que ejercía entre las mujeres.

Tres de los evangelios hablan de un grupo de mujeres atemorizadas que contemplaban la cruz desde lejos. Juan

⁴ H. LOCKYER, *All the Women of the Bible*, Zondervan Publications, Grand Rapids, Michigan 1967, 100.

⁵ M. A. GETTY SULLIVAN, *o.c.*, 185.

sitúa a María Magdalena en el centro de la acción junto a María, la madre de Jesús, y junto a su cuñada. María Magdalena fue una mujer muy arriesgada y llena de misericordia, y sin miedo se mantuvo al pie de la cruz. En un nivel espiritual, aquella fue también su cruz y con ello demostró su cercanía a Jesús. La profundidad de su pena y, al mismo tiempo, el grado de apoyo, consuelo, perdón y amor que ofreció a Jesús la dejó exhausta. En una clara demostración de que su relación con ella fue espiritual y centrada en la misión, Jesús no intentó consolarla directamente. Sabía que el sufrimiento debía formar parte del ministerio y que María y todas las mujeres que siguieron su ejemplo en el discipulado continuarían sufriendo después de su muerte. Jesús sólo consoló a su madre.

El altruismo y la sencillez de María Magdalena se muestran también en el hecho de que no se sintió ofendida cuando Jesús aparentemente ignoró su presencia al pie de la cruz. Ella estaba allí por pura merced y todo lo que pretendía era ofrecer su apoyo. Valientemente y en silencio lo vio morir. Con Juan y con su tía, confortaron a su madre cuando fue bajado de la cruz. Conscientes entonces de la prisa con la que había sido asesinado y debido a la obligación de enterrarlo pronto, se dieron cuenta de que no podían embalsamarlo siguiendo el ritual, así que decidieron dejarlo para más tarde. María Magdalena siguió al cortejo hasta la tumba y tomó nota del lugar del enterramiento para, junto con las demás mujeres, volver y terminar los ritos fúnebres después de la fiesta de Pascua.

María es uno de los personajes inquebrantables del Nuevo Testamento, que amaron intensa e incondicionalmente. Se identificó con Jesús en los tiempos buenos y en los malos, en los momentos de gozo y celebración y

en los de desesperación. Su ministerio y su liderazgo fueron minusvalorados debido al pensamiento androcéntrico y por la necesidad de destacar el papel de Pedro como sucesor de Jesús. María Magdalena se alza en un desafiante contraste frente a Pedro en el Calvario y de nuevo en la mañana de Pascua, cuando le avisa para que acuda a la tumba. Es ella, y no Pedro ni Juan, la que acompañó a Jesús desde Galilea a Jerusalén, desde Jerusalén al Calvario, desde el Calvario a la tumba y desde la tumba hasta la figura glorificada en el huerto (Jn 20,16b).

Reflexión

María Magdalena se nos presenta como un gran ejemplo de valentía, misericordia y generosidad. Su actitud de lealtad incondicional nos invita a reflexionar sobre nuestra vida de oración, pureza de intención y fidelidad en nuestro cometido en la vida, ya sea como casados, célibes o como personas consagradas.

- ¿Somos generosos con nuestro tiempo y recursos o seleccionamos con quién compartirlos?
- ¿Clasificamos a las personas en función de su categoría social? ¿Somos reconocidos entre la gente más cercana a nosotros como apóstoles de la Buena Nueva de un Cristo resucitado o nos relacionan inmediatamente con la cruz?
- ¿Estamos dispuestos a asumir las consecuencias de defender a los más pobres e indefensos?
- María se sirvió de sus recursos para atender las necesidades del momento y del ministerio. ¿Estamos dispuestos a utilizar nuestros recursos para tratar los

problemas que afectan al mundo de hoy (el medio ambiente, el abuso de los recursos naturales del planeta, la contaminación de las ciudades y también de nuestras mentes y corazones)?

María fue una mujer de la Pascua. Su canción era el aleluya pascual. Unámonos a su entusiasmo renovado en esta Cuaresma y tiempo de Pasión trayendo la Buena Noticia al Pedro de hoy, que vive y trabaja a nuestro lado. Si nuestras intenciones en el ministerio y en casa fueran tan puras como las de María, el Pedro de hoy, que está al final de la calle, o en la parroquia cercana, recibiría la ayuda de una nueva Magdalena para poder gritar: ¡Maestro!, en este tiempo de Pascua.

María, la madre de Santiago y José

(Marcos 15,40)

«Había también unas mujeres mirando desde lejos. Entre ellas María Magdalena, María la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé» (Mc 15,40).

Los nombres de Santiago y de José aparecen por vez primera en Mc 6,3, justo en el momento en el que se cuestiona en público la autoridad de Jesús. Los estudiosos de la palabra de Dios hacen notar la ambigüedad existente entre esta María y la que está al pie de la cruz. Hay quien sugiere que se trata de María, la madre de Jesús. Los eruditos católicos sugieren que la relación de Santiago y José con María era una relación de parentesco, que era su madre biológica, pero que no era la madre de Jesús, sino una tía suya. En el texto de la Crucifixión, Juan vendría a sostener esta teoría cuando llama «madre de Jesús» a María, que está al pie de la cruz, sin hacer referencia a Santiago ni a Juan. Siguiendo literalmente la sugerencia de Marcos, habría que situar a María, la madre de Jesús, entre las mujeres que desde lejos contemplaban la cruz. Los estudiosos sostienen que resulta poco probable que la madre de Jesús no estuviera cerca de su hijo en un momento tan necesario e importante.

Hay que reconocer que, hasta la fecha, son pocos los detalles que se conocen sobre la vida de María, la madre de Santiago y José, sobre la que todos coinciden en que se trata de alguien distinto a la madre de Jesús. No obstante, los estudiosos continúan debatiendo esta ambigüedad. Algunos teólogos protestantes señalan que quien está al pie de la cruz es María, la madre de Jesús, que también tenía otros hijos biológicos, Santiago y José. Los católicos, por otro lado, dicen que María, la madre de Santiago y José, estaba junto a la cruz de Jesús como tía carnal suya que era. A esta María se la identifica a través de sus hijos, que eran discípulos de Jesús y que serían recordados por las primitivas comunidades cristianas lideradas por Mateo y Marcos.

Creen los teólogos que, al igual que la madre de los Zebedeos, María, la madre de Santiago y José, era una mujer viuda, o bien su esposo no pertenecía a la comunidad de fe. En el caso de que su esposo estuviera vivo o hubiera sido un miembro destacado de la comunidad cristiana, ella habría sido identificada a través de él más que a través de sus hijos. Marcos deja claro que se trataba de la madre de Santiago, a veces llamado el «menor» o «el joven», para distinguirlo de otro mayor y más importante también llamado Santiago, el hermano de Juan (Mc 15,40). Parece ser que José llegó a la fe más tarde que su hermano y, si llegó a tener un papel significativo antes de la pasión de Jesús, debió de ser como miembro del grupo de los *setenta y dos* o de algún otro pequeño grupo ministerial.

A la hora de hablar de esta María, el teólogo protestante Herbert Lockyer escribe:

«Sabemos que fue una de las mujeres que siguieron a Jesús

y que, teniendo riquezas, sirvió a Jesús y a sus discípulos en cosas materiales, ayudándoles en su ministerio»¹.

Para sostener esta opinión, el teólogo se remite a Lc 8,1-2: «Le acompañaban los doce y algunas mujeres que había curado de espíritus malignos y enfermedades». También cree que los hijos de María eran mayores que Jesús y que formaban parte del grupo de la familia que, en una ocasión, al inicio de su ministerio, acudió a recoger a Jesús porque lo acusaban de estar loco (Mc 3,21). Si damos la razón a Lockyer, esta María sería una de las que había sido curada por Jesús y de la que salieron varios demonios. Vemos que, tras esa curación, su fe maduró y no sólo ofreció a sus hijos al servicio del Maestro, sino también sus recursos materiales.

También es esta una de las mujeres que en la mañana de Pascua fueron al sepulcro para embalsamar el cuerpo de Jesús. La suya era una fe sencilla y piadosa. Su figura es un ejemplo para muchas madres y abuelas que se sienten agradecidas a Dios por lo mucho que han recibido en sus vidas y en las de sus hijos, y que trabajan al servicio de la difusión de la palabra de Dios. María no está sola en la tarea, sino que forma parte de un equipo, de un grupo. No es alguien que esté sola y camine sola. Su recompensa está en ese equipo al que ella aporta fidelidad, sencillez, generosidad, siguiendo las palabras de Jesús, que han conquistado al pecado y a la muerte.

¹ H. LOCKYER, *All the Women of the Bible*, Zondervan Publications, Grand Rapids, Michigan 1967, 106.

Reflexión

Esta figura de María es un modelo de generosidad, entrega, valentía y gracia. Es una mujer que crió buenos hijos y que los apoyó en su fe y en su ministerio. Como viuda, tenía todo el derecho del mundo a esperar que al menos uno de sus hijos permaneciera en casa para continuar junto a ella el negocio familiar de la pesca. No sólo les dio total libertad para usar sus dones, sino que incluso los implicó en el ministerio.

María se presenta aquí como un excelente modelo para aquellas jóvenes viudas o incluso madres solteras que han levantado familias enteras con esfuerzo y que asimismo se involucran por entero en el ministerio eclesial. Ella lo dio todo en la vida y tenía derecho a disfrutar de un merecido descanso. Sin embargo, fue humilde, noble y generosa para ayudar a sus hijos en su ministerio como compañera. El ministerio de Jesús necesitaba continuar y María, más seguidora que líder, decidió contribuir como discípula. Contribuyó más para una consolidación de la misión que para su expansión.

- ¿Qué actitud mantenemos ante las necesidades de nuestra comunidad y de la Iglesia? ¿Somos como esas mujeres que se entregan, incluso a tiempo completo, al ministerio?
- Cuando miramos atrás, ¿pensamos que ya hemos ayudado bastante a los demás y que ya es hora de que otros nos ayuden a nosotros? ¿O nos seguimos ofreciendo para difundir el Evangelio?
- Jesús no puso nunca barreras a su ministerio, y nosotros deberíamos seguir su ejemplo. Solamente dos de sus discípulos eran jóvenes, Santiago el menor y

Juan, el discípulo amado. Todas las mujeres eran ya maduras. A Jesús no le preocupaba la edad de las personas. En el grupo había de todas las edades. Esto puede ayudarnos a reflexionar si en este sentido somos excluyentes. ¿Estamos dispuestos a escuchar esta invitación para no excluir a nadie?

- Durante esta Cuaresma, no nos olvidemos de rezar para que las mujeres de hoy abran sus vidas a la fuerza del Espíritu Santo. Pidámosle que, a través de María, la madre de Santiago y José, viuda y mujer sola, podamos estar atentos a las necesidades de la Iglesia y contribuir así a la misión de Jesús.
- Aunque seamos viudos o jubilados, hay en nuestras parroquias muchas tareas en las que podemos colaborar, como visitar enfermos, presos, ayudar a los que no tienen techo o incluso ofrecernos para vivir como consagrados.

Gracias
por
su
presencia
y
su
palabra
que
nos
da
vida

10

Salomé

(Marcos 15,40)

Salomé es mencionada en la lista de mujeres junto a María Magdalena:

«...Entre ellas María Magdalena, María la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé» (Mc 15,40).

Salomé era vecina de Cafarnaún, cerca del mar de Galilea. Aunque algunos eruditos todavía lo discuten, probablemente se trata de la madre de los Zebedeos¹. Se trataba de una persona bien conocida por Jesús desde los inicios de su ministerio por tratarse de la madre de dos de sus discípulos. Es también bien conocida por el intento que hizo de colocar a sus hijos en un lugar destacado y en buena posición (Mt 20,21). Por ser humana y ambiciosa para sus hijos, se atrevió a pedir para ellos posiciones ventajosas, anteponiéndolas al mismo ministerio². Haciendo esto demostró ser una madre muy humana.

Su petición dio a Jesús una oportunidad para pronunciar una de sus más claras enseñanzas sobre la

¹ H. LOCKYER, *All the Women of the Bible*, Zondervan Publications, Grand Rapids, Michigan 1967, 150.

² E. DEAN, *All the Women of the Bible*, Harper Collins, Nueva York 1988, 193.

verdadera grandeza (Mt 20,26). Salomé no tuvo suerte en su petición y fue suficientemente sensata como para que aquella negativa de Jesús no afectara a su relación con él, que frecuentemente acudía a su casa y en donde probablemente era considerado un miembro más de la familia. Salomé era quizá mayor que María Magdalena, María la mujer de Cleofás, María la madre de Jesús y María, la madre de Santiago y José. No obstante, no por eso Salomé estaba al frente del grupo de mujeres. Los teólogos creen que quien lideraba ese grupo de mujeres era María Magdalena, una mujer soltera que dedicó todo el tiempo al ministerio.

Salomé llevaba la casa y tenía muchas responsabilidades en el servicio doméstico de todo el grupo de discípulos. Gracias a ella podemos tener una visión global del grupo de mujeres santas. Era la mujer mayor de todas y jugaba un papel de asesoramiento importante. Solía viajar frecuentemente con los discípulos. Fue un modelo de fidelidad, una mujer respetada y admirada por todos. Mateo y Marcos la citan como una de las mujeres que estuvieron al pie de la cruz después de haber acompañado a Jesús en su doloroso recorrido desde Jerusalén. Además, Marcos identifica a Salomé como la mujer que acompañó a María Magdalena para preparar los perfumes y embalsamar el cuerpo de Jesús en la mañana de Pascua.

Salomé es considerada un personaje clave en la historia de Jesús, al haber sido nombrada la tercera en la lista que Marcos hace de las mujeres que fueron testigos de la muerte de Jesús. También porque acudió con María Magdalena y con María, la madre de Santiago, al sepulcro de Jesús el día de Pascua (Mc 15,40.47; 16,1). Sin embargo, es por su presencia en el Calvario por lo que es recordada por muchas madres que sufren junto a sus

hijos. Salomé se desvivía en amor y empatía hacia Jesús junto al resto de mujeres. Con el corazón encogido por el sufrimiento, se mantuvo firme junto a la cruz y consoló a quien había querido como hijo y como Mesías.

Reflexión

Salomé fue una mujer dura y directa que no se anduvo con rodeos a la hora de defender a sus hijos. Sabía lo que quería y así se lo hizo saber a Jesús. Su evangelización no se había completado aún. Era una mujer de recursos y, como muchas madres de hoy, buscaba mejorar la situación de sus hijos.

Había luchado por salir de la posición social que ocupaba en ese momento en la pequeña comunidad de pescadores. Pero no había captado aún el mensaje de Jesús sobre lo que realmente significaba el servicio, y que nada tenía que ver con la posición social, el poder financiero o terrenal. Se trataba de amor, misericordia y justicia para la gente de toda edad, lugar u ocupación. Se trataba de igualdad en la comunidad. El ministerio de Jesús era servicio, al igual que en la Iglesia hoy.

- ¿Estamos convencidos de que nuestra propia evangelización es un proceso continuo y que esta Cuaresma nos ayuda a profundizar en nuestras experiencias de fe y a compartirlas con los demás?
- ¿Cómo contribuimos al ministerio? ¿Estamos dispuestos a servir a los demás a pesar de su ingratitud?

Si entendemos el ministerio como un símbolo de estatus, es que no lo hemos asimilado bien. El ego debe

morir en nosotros. Jesús habló a Salomé con franqueza cuando ella se dio cuenta de que no había comprendido bien su mensaje. Nosotros llevamos mucho tiempo aprendiendo. Conocemos las obras de misericordia y hemos recibido muchos frutos de los miembros de la comunidad en muchas ocasiones. No tenemos excusa para actuar como aquellos que no han tenido las mismas oportunidades que nosotros y que están en un nivel de evangelización aún muy primario.

- ¿Cómo nos comportamos cuando debemos desempeñar posiciones de poder?
- ¿Nos dedicamos a juzgar a los demás en vez de reflexionar sobre nuestro propio comportamiento?
- ¿Qué nos motiva más: trabajar por las viudas, por los refugiados, por los prisioneros, por las víctimas de abusos o de violencia doméstica, o alcanzar posiciones de poder? ¿Qué es lo que nos motiva?

Debemos hacer frente a nuestros propios demonios, que buscan espacios de poder para manipular a los demás y así lograr los «primeros puestos». Debemos recordar frecuentemente que el único primer puesto que realmente interesa aquí y en la eternidad es en el que nos ha colocado el Padre. Él es el único que evalúa el verdadero valor de nuestro trabajo, en función del amor misericordioso que en Él volquemos.

María, la mujer de Cleofás

(Juan 19,25a)

Juan señala la presencia de María, la mujer de Cleofás, como la segunda mujer al pie de la cruz, acompañando a su madre:

«Estaban en pie junto a la cruz de Jesús su madre, María de Cleofás, hermana de su madre y María Magdalena» (Jn 19,25a).

Es la única vez que se menciona en los evangelios a María, la mujer de Cleofás. No es de extrañar, puesto que las mujeres suelen aparecer en la Escritura únicamente como pecadoras, como necesitadas de curación o como modelos de sacrificio. María, la mujer de Cleofás, encaja perfectamente en ese modelo de mujeres que se sacrifican. Se muestra como alguien que está presente para los demás. Juan la cita en segundo lugar en la lista de mujeres junto a la cruz, y la identifica como la «hermana de su madre» (Jn 19,25b). Durante muchos años, en los círculos católicos se aceptaba que María, la mujer de Cleofás, era una hermana de sangre de María, la madre de Jesús. Actualmente se pone en duda este parentesco, argumentando que resulta poco probable que dos hermanas de sangre llevaran el mismo nombre. Otros se preguntan

si es realmente posible conocer algo concreto sobre alguien de quien tan sólo se hace una breve mención en las Escrituras. Sin embargo, los estudiosos dependen de estas breves referencias para sus investigaciones sobre los personajes bíblicos.

No debería despreciarse la información histórica sobre los personajes que juegan un papel importante en los orígenes del cristianismo. Acumulando e interpretando informaciones sueltas es como se acierta a entender el cristianismo primitivo en su contexto histórico. En el caso de María de Cleofás, lo que podemos saber de ella contribuye a nuestro conocimiento del papel que juega el entorno de los parientes de Jesús en la Iglesia primitiva y el papel que juegan las mujeres¹.

Las investigaciones académicas señalan que María, la mujer de Cleofás, era la cuñada de María, la madre de Jesús. Cleofás era el hermano de José, el esposo de María. Tal y como dice Bauckham, el nombre «Cleofás» era muy extraño y la investigación histórica nos asegura que el Cleofás de Jn 19,25 y el de Lc 24,18 son el mismo, el hermano de José. Esta María de Cleofás tenía ya un hijo conocido, Simón, el sucesor de Santiago como responsable de la Iglesia de Jerusalén hasta su martirio en tiempos de Trajano. «Fue el personaje más importante de Palestina durante medio siglo»². Si esto es así, los primeros lectores del evangelio de Juan no tendrían problemas a la hora de reconocer a María de Cleofás.

Su presencia junto a la cruz se explica sobre la base de su parentesco con la familia de Jesús. Están allí por pura empatía, defendiendo su inocencia y mostrando

¹ R. BAUCKHAM, *Gospel Women*, T&T Clark International, Londres 2002, 203.

² *Ib.*, 209.

amor, simpatía y piedad por su madre. Esta fe de María en Jesús, su compromiso para interpretar la Ley y su fidelidad al ministerio habrían servido de aliento a María, confirmándola en la creencia de la inocencia de su hijo. Su gesto fue una luz de esperanza frente a la actitud de los discípulos masculinos.

A la hora de buscar ejemplos de misión durante el ministerio público de Jesús, los estudiosos destacan los llamados «grupos de dos» y hacen derivar sus consideraciones de este texto de Lucas:

«Después de esto, el Señor designó otros setenta y dos, y los envió delante de él, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde él pensaba ir» (Lc 10,1).

Según este modelo de misión al que aludimos, hay quien sugiere que los dos discípulos que acompañaban a Jesús en el camino de Emaús eran María y Cleofás. Si seguimos esta teoría, cuya evidencia es fácil y no hay razón para no creerla, tiene sentido que Jesús también se apareciera a estos dos discípulos como recompensa a su fidelidad a lo largo de toda su vida pública y particularmente en los momentos de su Pasión, muerte en la cruz y apoyo a su madre tras su entierro.

Es importante que Jesús sea reconocido durante una acción ministerial y de servicio. María y Cleofás lo han convencido para que comparta con ellos la cena (Lc 24,28-30). Han podido conocer los detalles de su vida y su ministerio, de su crucifixión y enterramiento y necesitaban desahogarse contando la historia a su invitado. Eran simples personas que habían sufrido la separación de un ser querido de forma injusta y necesitaban contárselo a aquel viajero desconocido. Necesitaban procesar

su historia contándola, para así poder aceptarla. Eran gente como nosotros, con una profunda necesidad de ser escuchados y de encontrar un corazón que los entendiera.

Lo más importante, a pesar de lo que habían pasado e incluso por encima de ello, es que seguían siendo creyentes. María fue justa con Cleofás. Sabía que Jesús era justo, honesto, un hombre lleno del Espíritu Santo y fue eso lo que le hizo ir creciendo en la fe. Su fe quedó recompensada en el momento de partir el pan. Lo recuerda Lucas:

«Se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces sus ojos se abrieron y lo reconocieron; pero él desapareció de su lado. Y se dijeron uno a otro: "¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?"» (Lc 24,30-32).

Justo en este momento y para siempre les vino a la memoria todo el sufrimiento, la integridad, la fidelidad junto a la cruz. Desde entonces no olvidarían el inmenso gozo de haber reconocido a Jesús glorificado y fue esta la fuerza que los mantuvo, tanto a ella como a su marido Cleofás, en el ministerio futuro.

Reflexión

De esta breve reseña que se hace de María destacan tres bellas características: su valentía en tiempos de sufrimiento, su firmeza en situación de intolerancia política, tensión, amenaza y peligro real y su integridad en una situación en la que ella, probablemente, iba a tener que

afrontar su vergüenza y la de su familia. Se comportó como una mujer de coraje, fuerza y honor. Reconoció la justicia y la injusticia y se determinó a probar al pie de la cruz que no tenía miedo a los aliados de la injusticia. No tenía miedo a quienes sólo se sentían salvados cuando destruían el bien, la misericordia y la ternura.

Se levanta ante la historia como un paradigma de todas aquellas mujeres que trabajan por la justicia, protestando de forma silenciosa y manteniéndose firmes públicamente en nombre de quienes no pueden hacerlo y no pueden defender sus derechos por sí mismos.

- ¿Estamos dispuestos a seguir su ejemplo y a convertirnos en silenciosa pero pública presencia para defender a los que cada día son oprimidos, maltratados, asesinados... y para denunciar todas aquellas situaciones de diversa índole en donde no cesa el horror?
- ¿Qué debemos hacer cuando se encubren acciones injustas contra los inocentes?
- ¿Protestamos activamente contra la injusticia, o nos mantenemos como observadores pasivos ante situaciones en las que las mujeres, ya sean laicas o consagradas, y los niños sufren abusos, maltratos, etc.?

María fue una mujer de misericordia, memoria y visión. En un mundo tan roto como el nuestro, son estas virtudes las que hacen falta con urgencia. Durante este tiempo de Cuaresma y Pasión pidamos a Jesús que nos otorgue estas virtudes y así, en esta Pascua, lo reconoceremos en el partir del pan, en las víctimas de la injusticia en nuestra comunidad y en la Iglesia y en todos y cada uno de los miembros de nuestra renovada comunidad de fe.

Las mujeres anónimas que acompañaron a Jesús desde Galilea

(Marcos 15,40-41)

«Había también unas mujeres mirando desde lejos. (...) Y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén» (Mc 15,40-41).

Cuando nos encontramos con este pasaje de la Escritura debemos tener en cuenta la historia de las dos mujeres que, en representación de todas aquellas a las que curó Jesús y sintiéndose en deuda con él, lo acompañaron hasta la última etapa de su tortuoso camino.

La hemorroísa

(Marcos 5,25-34; Mateo 9,20-22; Lucas 8,43-48)

Esta mujer, que recibe el nombre anónimo de «la hemorroísa», siguió a Jesús hasta la casa de Jairo cuando deseó curarse y molestó a los discípulos hasta que pudo llamar la atención de Jesús. Este se detuvo para mostrar a todos los presentes que tenía poder y autoridad para curar por la fe y con tan sólo tocar. Aunque los discípulos tenían una gran confianza en Jesús, sin embargo aún no estaban muy seguros de quién era. Se trata de una desconfianza que surgirá de vez en cuando y que hará sufrir a Jesús durante su ministerio. Esta incertidumbre sobre la verdadera naturaleza de Jesús culminará en el patio de la casa de Caifás con la negación de Pedro (Mc 14,66-72). Todo hace suponer que esta mujer, esta «hija», conocía bien a Jesús y vio su fe transformada tras su encuentro con él, por lo que bien podría ser una de las «mujeres que lo habían seguido desde Galilea, presenciando todo esto» (Lc 23,49).

«Él dijo a la mujer: "Hija, tu fe te ha curado; vete en paz, libre ya de tu enfermedad"» (Mc 5,34).

Esta fue la respuesta de Jesús a la fe y a la valentía de esta mujer, destacando su actitud en público una vez que la había curado.

Marcos escribe: «Entonces la mujer, que sabía lo que había ocurrido en ella, se acercó asustada y temblorosa, se postró ante Jesús y le dijo toda la verdad» (Mc 5,33). Fue entonces cuando Jesús le habló con simpatía y compasión, diciéndole: «Hija, tu fe te ha curado; vete en paz, libre ya de tu enfermedad» (Mc 5,34). Esta mujer, al igual que otras muchas de las que se acercan a Jesús en el evangelio, demostró tener una fe grande y, precisamente por ello, se sintió recompensada, mejorada en su enfermedad, confirmada en su fe y puesta como ejemplo ante todos los presentes. Debido a su enfermedad, la mujer sufría la marginación en su comunidad, puesto que, según la Ley, era impura. Durante el período menstrual, las mujeres debían permanecer aisladas porque se las consideraba impuras. Al acercarse a Jesús, esta mujer estaba desobedeciendo abiertamente la Ley (Jn 19,7).

Vivía en un mundo de hombres, en el que las leyes de pureza ritual que prohibían el contacto estaban destinadas a salvaguardar sobre todo a los hombres¹. Puesto que esta mujer estaba enferma desde los doce años, lo más seguro es que fuera tachada de *impura* y no pudiera llevar a cabo la *mikveh* obligatoria, es decir, el ritual de purificación que se realizaba una vez acabado el período menstrual. Si se casaba, la enfermedad era motivo de divorcio y, si permanecía soltera, no podía ser elegida para el matrimonio. En definitiva, era una excluida social, una vergüenza pública. Era una mujer que «había sufrido mucho con muchos médicos y había gastado toda su fortuna sin obtener ninguna mejoría»

¹ M. A. GETTY SULLIVAN, *Women in the New Testament*, Liturgical Press, Collegeville 2001, 69.

(Mc 5,26). Al arrodillarse ante Jesús, mostró su absoluta confianza en él.

Fue un gesto atrevido, precisamente por ser una mujer expulsada de los lugares públicos. Mientras que la cobardía se pregunta sobre lo adecuado o no de los gestos, la fe se lanza a buscar la curación. Esta mujer tenía en su corazón la semilla de la fe. Sabía que simplemente con tocar a Jesús podría profanarlo, exponerlo a la acusación de haber roto la Ley y entregarle así a sus enemigos los escribas, los fariseos y los saduceos. Inmediatamente lo abordarían y contarían sus palabras y lo que había hecho. Y en el momento oportuno se servirían de todo ello en su contra. Sabiendo las graves consecuencias que podía acarrear su gesto, no se atrevió más que a tocar el borde de su manto en medio de la multitud. E inmediatamente fue curada. Jesús reaccionó al ver lo que había pasado y la obligó a permanecer en pie. Dice la Escritura que, cuando vio que Jesús había notado que lo habían tocado, la mujer «se acercó asustada y temblorosa» (Mc 5,33). Sintió miedo por haber transmitido a Jesús su impureza y por haber dado a los fariseos otra prueba más para condenarlo². O bien puede que tuviera miedo de que Jesús estuviera molesto por haberlo tocado³. Sin embargo, lo que más temió fue que la muchedumbre reaccionara con hostilidad y terminaran atacándola.

Es lógico pensar también que, conociendo a Jesús y su obra, la mujer temiera la reacción de ciertos grupos ante su curación. Tenía razones para el miedo y es probable que sintiera cierto temor a ser curada. Pero lo más importante de esta historia es que la mujer reconoció a Dios en

² R. E. BROWN, SS-J. A. FITZMYER, SJ-R. E. MURPHY, OC (eds.), *The New Jerome Biblical Commentary*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey 1990, 608.

³ R. BAUCKHAM, *Gospel Women*, T&T Clark International, Londres 2002, 292.

Jesús y que la curación fue la recompensa a ese reconocimiento. Fue la desesperación lo que la condujo a la fe, y a partir de ahí su vida cambió para siempre. Jesús la llamó «hija», y entre los discípulos pasó a ser reconocida como «hija de la Iglesia». Su historia sirvió de ejemplo para las generaciones posteriores. Es razonable pensar que esta mujer estaba integrada en ese grupo de mujeres que desde Galilea acompañaron a Jesús hasta Jerusalén (Mt 27,55).

De forma sutil pero inteligente, Marcos identifica los sufrimientos de esta mujer con los sufrimientos que Jesús deberá soportar: «Comenzó a declararles que el Hijo del hombre tenía que padecer mucho» (Mc 8,31). Para identificar ambas situaciones, Marcos señala que la mujer «había sufrido mucho con muchos médicos». Traza otro paralelo al señalar que la mujer «le dijo toda la verdad» (Mt 5,33). También Jesús fue condenado y ajusticiado por ser un hombre de la verdad: «Maestro, sabemos que eres sincero y que no te importa nada el qué dirán, porque no tienes respetos humanos y enseñas de verdad el camino de Dios» (Mc 12,14). Cuando Jesús vio el sufrimiento de esta mujer, recordó el doloroso y vivo camino que él mismo debía recorrer.

Su visión sobre lo que iba a suceder le hizo sentir como propios los sufrimientos de esa mujer. Ella confesó abiertamente ser la única que hizo manifestar el poder de Jesús (Lc 8,47). Con esto no sólo daba testimonio de su fe, sino que llamaba a otros a la fe. Una mirada cuidadosa del evangelio de Lucas nos muestra que el testimonio de la fe era la característica propia del discipulado. Es razonable creer que esta mujer llegó a ser una de las más leales seguidoras del Maestro y que era una de las «mujeres que lo habían seguido desde Galilea presenciando todo esto» (Lc 23,49).

Aunque aquella mujer no era considerada válida en el judaísmo, Jesús alabó su testimonio en términos muy elogiosos. Le hizo mantenerse en pie por igualdad y justicia, reconociendo en ella la fe, la autenticidad y la humildad, cualidades imprescindibles para quienes aspiran a heredar el reino de Dios.

La discriminación y el legalismo le eran totalmente ajenos, puesto que había sido enviado como portador de la compasión y la misericordia a todo el pueblo de Dios, especialmente a aquellos que, como esta mujer, eran más vulnerables y estaban asustados y bajo amenazas diversas. Su misión llamaba a la liberación y resurrección, como se hizo evidente en el hecho de que esta mujer que se le acercó se marchó renovada, restaurada y transformada. «Las mujeres que Jesús encuentra en el camino permanecen en la memoria viva de la Iglesia y se las distingue sin la más mínima duda»⁴. Esta mujer no formaba parte del grupo de líderes religiosos de entonces, pero es una de nuestras antepasadas de hace dos mil años, que sale de las páginas de la Escritura. Su historia continúa inspirándonos y transformándonos, pues contribuyó en las pruebas que los enemigos de Jesús mostraron para justificar su Pasión y muerte.

Reflexión

Esta mujer había sufrido durante muchos años un incomprensible nivel de vergüenza, soledad y agonía. A pesar de eso, se amarró con fuerza a su fe en Dios, o quizá fue por eso por lo que vino a la fe. Esta fe la llevó a Jesús

⁴ M. A. GETTY SULLIVAN, *o.c.*, 43.

y la liberó de sus dolencias físicas. No hay datos sobre su situación espiritual, pero parece claro que se trataba de una mujer virtuosa y que vivía una vida santa en su ostracismo y abandono.

Cuando Jesús la cura, no la deja escapar entre la multitud. Él estaba predicando y en misión, buscando nuevos fieles sin importarles su condición. En una curación no sólo se cura al enfermo en la salud física, sino que también sirve para vigorizar su fe y la de todos los presentes. Cada acto de curación que Jesús llevaba a cabo era una invitación a la relación, a la comunicación, a la confirmación de la fe y a la acción de gracias. Se trataba de una auténtica participación eucarística.

Cuando Jesús preguntó quién lo había tocado era sólo para provocar una reacción en aquella mujer, no para humillarla. Jesús estaba invitando a la multitud y a aquella mujer a una relación con él. Estaba allí para comprometer en la fe y para restaurar la armonía social, emocional, espiritual y física de quienes deseaban tocar a Dios y dejarse abrazar por su misericordia.

No se conoce el nombre exacto de la enfermedad de la mujer. Todo lo que sabemos es que pesaba como una gran cruz sobre ella desde hacía mucho tiempo. Como Jesús, también esta mujer vivía de forma agónica. Sus penas aumentaban. En aquel tiempo, las medicinas no se usaban. Si era víctima de un ciclo irregular, una menopausia temprana y extendida, es algo que desconocemos. Lo que sabemos es que confió en la Providencia y su fe quedó renovada y confirmada.

Durante la Cuaresma, esta mujer nos enseña que, para ser verdaderos discípulos, no nos debe importar hacer cosas que ya hacíamos de niños, como retomar viejas prácticas de piedad o acudir al sacramento de la

Reconciliación. Nos enseña a preocuparnos por saber qué oprime a nuestra sociedad y cuál debe ser nuestra actitud con quienes han contraído enfermedades contagiosas o cualquier otra plaga de la sociedad posmoderna.

- ¿Qué hemorragias hacen que nos desangremos hoy? ¿Estamos perdiendo la vida con ellas? ¿Qué haríamos si no tuviéramos personas a nuestro alrededor para compartir nuestra agonía?
- En nuestra vida diaria, ¿puede la cruz que pesa sobre nosotros conducirnos a algo bello? ¿Puede esa cruz prepararnos de cara al Reino?

Tal y como la mujer aprendió en su vida, no hay conversión o crecimiento de la fe sin cruz. No hay Pascua sin Viernes Santo. Ninguno de nosotros desearía desangrarse en la vida por la pérdida de un hijo, de un compañero, de un sacerdote, de un religioso, de una casa, de un trabajo, de un ascenso. Pero si hemos sufrido cualquiera de estas aflicciones, quizá nuestra reflexión cuaresmal sobre la historia de esta mujer nos ofrezca la oportunidad de reflexionar sobre estas pérdidas.

- ¿Nos amargan las pérdidas? ¿Nos vuelven hiperactivos y nos llevan a levantar a muchas personas arrodilladas sin tener tiempo para arrodillarnos nosotros mismos? ¿Nos llevan a intentar tocar, como la hemorroísa, a Jesús por primera vez?

Como gente de fe o buscadores de Jesús, como los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-32), somos más capaces de reconocer a Dios en nuestro trabajo, cuando sufri-

mos, más que cuando gritamos con odio culpando de nuestra suerte a la Divina Providencia. Podemos vivir una vida en la que todo esté cuidadosamente construido, a nuestra conveniencia, pero no es ese el modelo de creatividad que adoptó nuestro Creador en el vacío cuando el Espíritu creó vida en el momento de la Creación (Gén 1,2).

- ¿Somos capaces de descubrir durante esta Cuaresma que nuestras cruces son invitaciones para que permitamos que el Espíritu envíe su soplo sobre nuestras hemorragias y nos cure?

Que sea bienvenido este período de Pasión, que puede curar nuestras hemorragias, liberarnos de nuestros prejuicios y permitirnos abrazar a quienes sufren su propia hemorragia, distinta de la nuestra. Si nos identificamos con Jesús, el Domingo de Pascua seremos capaces de permanecer en pie en medio de la muchedumbre de la iglesia, abrazando a Cristo Resucitado en la Eucaristía y en cada uno. Allí Jesús nos saludará a cada uno de nosotros, llamándonos: «Hijos».

La mujer curada en sábado

(Lucas 13,10-17)

Al pedir la muerte de Jesús, sus enemigos argumentaban que se había investido de una autoridad que no le correspondía. En ningún momento reclamó Jesús su autoridad con tanta fuerza como en este episodio:

«Y a esta mujer, que es una hija de Abrahán, a la que Satanás tenía atada desde hace dieciocho años, ¿no se la puede soltar de su atadura en sábado?» (Lc 13,16).

Al ver realizar a Jesús un acto de misericordia en sábado, los fariseos tenían otro argumento más contra él, pues con ello había incumplido la Ley y se había apropiado de una autoridad que no le correspondía. Puesto que en el momento del relato se desconoce qué tipo de enfermedad tenía esta mujer, se señala que estaba poseída por «un espíritu» (Lc 13,11). Tanto para los jefes de la sinagoga como para los fariseos y otros grupos religiosos, la condición de esta mujer no podía atribuirse a Satanás, pues era una conocida observante del sábado y devota de Dios.

Los estudiosos consideran muy extraño que Lucas atribuya la situación de la mujer a Satanás. Algunos lo explican con las siguientes palabras: «Jesús fue enviado a luchar contra el mal. El mal se personifica en el demonio,

y los seres humanos son utilizados como títeres por el demonio»¹. Sin embargo, como la curación tuvo lugar en sábado, Jesús fue proclamado culpable sin juicio y sin nadie que lo defendiera, salvo esta mujer, que «alababa a Dios» y agradecía su curación (Lc 13,13). Jesús estaba solo ante una misión que sólo él entendía.

Esta historia es reflejo de otras muchas historias de los evangelios relacionadas con la autoridad y con el sábado, por ejemplo la de Mc 3,1-6, en la que Jesús cura en la sinagoga y en sábado a un hombre la mano seca. La observancia del sábado era una cuestión importante para los judíos, pero, al igual que muchas veces interpretaban la Ley a su gusto con respecto al adulterio, también lo hacían con esta cuestión (Mt 12,12; Mc 3,4; Lc 13,15; Jn 9,15-16). En cada una de estas ocasiones los enemigos de Jesús desafían su acción y autoridad.

Esta mujer constituye un contraste no sólo con respecto a los jefes de la sinagoga, cuya «conducta muestra menos interés por una mujer parálitica en la sinagoga que por un animal de granja»², sino para todos los fariseos, saduceos y escribas, cuya interpretación de la Ley negaba la intervención de Dios y la necesidad de misericordia. Jesús les solía plantear la hipocresía de su comportamiento, que les llevaba a dejar libre a un animal atrapado en sábado y sin embargo no liberar a una persona enferma.

Al liberar a una persona atrapada en una grave artritis, en un desvío de columna o en alguna otra enfermedad desconocida, Jesús estaba cumpliendo con su misión, tal y como él mismo explicó, con palabras de Isaías, en

¹ Ib., 83.

² S. RICHARDS-L. RICHARDS, *Every Woman in the Bible*, Thomas Nelson Publishers, Nashville, Tennessee 1999, 165.

la sinagoga al comienzo de su vida pública (Lc 4,18-19). Al liberar a una mujer de las cadenas del demonio, Jesús estaba recordando a sus antepasados, cautivos en Babilonia muchos años antes, y estaba demostrando a los fariseos que las mujeres tenían los mismos derechos que los hombres. No estaba reservado a los hombres tener salud o ser curados. Para Jesús era mucho mejor celebrar el sábado haciendo obras de misericordia y celebrando la dignidad de la mujer.

«El milagro, en este caso, es una expresión de autoridad y de poder»³. Jesús no sólo estaba reinterpretando la Ley (Dt 5,12) y mostrando un comportamiento más humano que el de los jefes de la sinagoga, los escribas, fariseos y jefes de los grupos religiosos, sino que estaba ofreciendo un ejemplo de cómo honrar verdaderamente el sábado. En su presencia, la mujer alaba a Dios. Su dignidad ha sido restaurada. Así reclama su derecho como mujer y como miembro de la comunidad de Dios para poder hablar en la asamblea de la sinagoga.

La respuesta del jefe de la sinagoga fue: «Hay seis días para trabajar; venid en esos y curaos; no vengáis en sábado» (Lc 13,14). No se trataba de una advertencia sólo para Jesús, sino para todos. A los judíos no les estaba permitida ni la más leve interpretación de la Ley. Estaban inseguros de su propia autoridad, lo que les hacía ciegos a necesidades pastorales. La sanación y la reconciliación eran, pensaba Jesús, regalos de Dios, y debían ofrecerse gratis a todos los que, en cualquier momento, abrazaran la fe en aquel que es misericordia.

Jesús liberó a la mujer, pero no sin consecuencias para él y para ella. Su acción le deja sumido en la tristeza,

³ M. A. GETTY SULLIVAN, *o.c.*, 81.

pues sabe que sólo servirá para ofrecer un argumento más a aquellos que desean condenarlo.

Reflexión

Nadie pidió a Jesús que curara por misericordia y compasión a esta desafortunada mujer. Fue el puro amor el que le permitió advertir que aquella mujer era hija de Dios y que necesitaba ser curada. Jesús fue enviado para liberar a todas las mujeres de la cautividad creada tras la primera caída (Gén 3,1-19). En aquella ocasión también vio la oportunidad de ofrecer una enseñanza a la asamblea y a sus jefes. Tan centrado estaba en el Reino, que pasó por alto el sufrimiento mental y emocional que le llegaría de manos de fariseos, escribas y ancianos por su interpretación de la Ley y por su compasión por la humanidad sufriente. Tenía una misión clara y el miedo no lo iba a detener.

Esta historia nos presenta a un miembro de la congregación, que era una mujer, y a un líder espiritual, que era un hombre. La mujer era una víctima y una minusválida. El hombre tenía plena autoridad y salud y no tenía conciencia de la desesperación de la mujer. Jesús entra en escena. A ella la curó, y a él lo desafió. A ella la confirmó; a él lo condenó. La mujer llegó a ser causa de gozo y celebración. El jefe quedó avergonzado.

Esta mujer creyente acudía a la sinagoga cada semana. Era una persona religiosa que aceptaba su deformidad, creyendo que el Alfarero que la había modelado también tenía para ella su plan. Como muchas mujeres que sufren injurias y malos tratos, rezaba por su curación. Como muchas mujeres que han sido curadas en Lourdes, o como

resultado de alguna intercesión ante cualquier santo, quedó agradecida por haber recuperado su salud. En la Escritura, esta mujer es un modelo de sumisión a la voluntad de Dios, de esperanza en la compasión divina y de fe en la Providencia. Su premio fue claro. Jesús la vio con sus ojos, la llamó desde el corazón y la tocó con sus manos. Así fue curada para júbilo de toda la asamblea, salvo para el jefe, que debería haber sido su abogado y pastor.

- Como pastores o responsables en nuestra comunidad, ¿cómo nos comportamos ante las necesidades de la gente que tiene dificultades físicas, psíquicas y sociales? ¿Nos compadecemos de ellos en la oración, o estamos tan ocupados que no tenemos tiempo de acompañarlos en su viaje solitario?
- El líder de la sinagoga se sintió molesto cuando la curación de Jesús fue celebrada por todos. ¿Cómo nos comportamos nosotros ante aquellos a los que consideramos inferiores a nosotros y que, sin embargo, son aplaudidos y reconocidos por los demás?
- Jesús no estaba de acuerdo con la rígida interpretación del sábado por parte de los doctores de la Ley. Durante esta Cuaresma podemos preguntarnos: ¿qué opinaría Jesús hoy de nuestro comportamiento en nuestro día sagrado, el domingo? ¿Nos dormimos y no tenemos tiempo para el culto? ¿Trabajamos ese día por los demás? ¿Compartimos ese día con la familia? Es muy frecuente que los jóvenes salgan el sábado por la noche y luego no sean capaces de levantarse para asistir al culto el domingo. La Cuaresma es una buena ocasión para reflexionar sobre nuestro comportamiento el domingo y para renovar nuestro compromiso de participar con nuestra comunidad en el culto.

Los cristianos que deben trabajar el domingo son rehenes de su necesidad. No se les juzga, sino que, por el contrario, se admira su sacrificio, destinado a pagar facturas, o a que sus hijos vayan bien vestidos y no les falte comida en la mesa. Pero aquellos que eligen trabajar el domingo sólo para aumentar sus ganancias, sin necesitarlo, son esclavos de su propia avaricia.

- ¿Nos enseña la historia de la curación de la mujer el sábado a reflexionar sobre lo que deberían ser nuestras prioridades?

El comportamiento de Jesús con la mujer encorvada debería ayudarnos, en este tiempo cuaresmal, a reflexionar sobre nuestro propio comportamiento el domingo, y a recordar que, cuando Jesús decidió curar a aquella mujer, no se preguntó:

- ¿Me beneficia esta acción socialmente?
- ¿Ganaré más dinero actuando así?
- ¿Aprobarán mis amigos esta decisión?
- ¿Será bien vista?

No, Jesús no curó a la mujer por estas razones. Su única razón fue la compasión.

María, la madre de Jesús

(Juan 19,26-27)

Finalmente volvemos a María, la madre de Jesús, a la que Juan concede un lugar muy especial en los textos de la Pasión y que también es citada por su nombre en Mateo y Lucas. Muchos fueron los papeles de María en la Pasión: madre del acusado y condenado y víctima del acto de injusticia más recordado en Roma y Jerusalén.

«Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo preferido, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquel momento el discípulo se la llevó con él» (Jn 19,26-27).

Antes de que su Hijo diera su último aliento, transformó el papel de su madre. Desde entonces, como había sucedido con María Magdalena y con otras tantas mujeres discípulas, su misión sería apostólica. Fue destinada a ser la madre de la nueva casa de Dios¹. Ella, no María Magdalena, fue la encargada de nutrir a la Iglesia naciente en su camino.

A pesar de este cambio y reto, ella continuó sus tareas domésticas como madre y amiga de aquellos discípulos

¹ S. BARTON, *People of the Passion*, Triangle SPCK, Londres 1994, 65.

y de quienes necesitaran su ayuda. Este es el gran papel de las madres a lo largo de la historia. María fue una mujer que hizo de su casa y de su familia una prioridad. El «sí» que había dado a Gabriel en el momento de la Anunciación permanecía aún firmemente implantado en su corazón y lo vivió a diario en su vida, a pesar de los cambios y de los muchos golpes que tuvo que afrontar. Sabía que los sufrimientos eran menos importantes que su respuesta e hizo un uso positivo de ellos en una vida de fe y de misericordia.

Había estado presente en Canaán y había sido testigo del primer milagro de su Hijo. Ahora era de nuevo testigo, esta vez de su último aliento en la cruz. Todo su ministerio fue enmarcado por estos dos acontecimientos. En Canaán vio cómo convirtió el agua en vino y ofreció una nueva vida a quienes estaban presentes. El banquete de bodas era un símbolo de los tiempos mesiánicos, como muestra Lucas en 14,15-24. En Canaán, María fue testigo de algo que tuvo un significado eterno. En el Calvario vio la sangre y el agua brotando del costado de su Hijo, símbolos de nueva vida. Una nueva vida estaba naciendo con su muerte. Jesús había dado su propia sangre como un nuevo vino de la Eucaristía a todos los que lo aceptaran en el discipulado. Canaán sirvió para preparar el camino del Calvario. María fue parte integrante de ambos.

Ella, como probablemente cualquier mujer, no entendía lo que estaba pasando ni su nuevo papel. Cambiar de lo conocido a lo desconocido no es algo fácil, como sabemos todos los que nos hemos cambiado de casa, o el niño que se cambia de colegio, o el joven que se ha ido de casa. Adaptarse a los cambios lleva su tiempo y requiere lucha, sufrimiento, pérdida y un período de

llanto. Exige todo un proceso. Lo positivo es que ese proceso siempre lleva a crecer, a una nueva vida, a una nueva visión.

María quedó confundida cuando el ángel Gabriel se le apareció invitándola a ser la madre de Jesús (Lc 1,26-38). Continuó en ese estado emocional mientras viajaba a casa de su prima Isabel, y sólo se serenó cuando Isabel la confirmó en su decisión y en el nuevo papel de madre del hijo de Dios (Lc 1,43). Cuando viajaba desde Jerusalén hasta el Calvario, era una mujer rota al ver a su único hijo crucificado y asesinado como un simple criminal. Esta situación cambió con la muerte de su Hijo. Jesús la dejó unida al discípulo amado y le encargó conformar el corazón de la Iglesia y continuar su tarea. A pesar de que, al ser su madre, María siempre había sido la madre de la Iglesia, Jesús le encarga ahora ese papel oficialmente. Igual que tuvo que hacer un viaje para descubrir el significado preciso del mensaje de Gabriel, María debe ahora tomarse su tiempo con los discípulos en su regreso a Jerusalén después de la Crucifixión, Resurrección y Ascensión para asumir los acontecimientos y entender su nuevo papel en un discipulado llamado Iglesia.

Con el tiempo, María entendería su nueva misión y trabajaría mediante la oración y el servicio para ser fuente de vida y alegría para los cristianos. María fue el penúltimo regalo de amor de Jesús al discipulado. Su último regalo sería su vida misma, regalo que hizo no sólo a los discípulos, sino a todos los que en el futuro formaron parte de su comunidad.

Jesús encargó en la cruz un discipulado de iguales, bajo el patronazgo de María y Juan, y el liderazgo de Pedro: «Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra

edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16,18).

«Jesús, regalo de amor, tiene que repetirse en las relaciones entre los discípulos. La mujer pasó de ser su madre a ser la Madre; comparativamente, vienen de identificarse como "su" para pertenecer a una nueva familia en la Iglesia»².

Nos preguntamos si los discípulos masculinos han abrazado siempre este discipulado de iguales con la misma intensidad. Incluso hoy, ¿se ha cumplido ese discipulado realmente en igualdad? Si lo creemos realmente, es que no somos capaces de luchar por ello. Nuestro servicio consiste en trabajar para que hombres y mujeres lleven a cabo la misión de Jesús en condiciones de igualdad, justicia y misericordia. Es cierto que actualmente se reconoce la importancia de la figura de María, pero no viene mal recordar que, durante muchos siglos, su papel fue injustamente ignorado.

Reflexión

Colgado en la cruz, Jesús transformó el papel de su madre elevándolo a una nueva posición de liderazgo de madre de la Iglesia. Al reconocer la contribución de su madre a la misión, confirmó la fe de esas mujeres que, a diario, están bajo el peso de la cruz. Ellas son también garantes de la Buena Nueva. Ellas son también testigos de la crucifixión, la muerte y la resurrección del Mesías.

² M. A. GETTY SULLIVAN, *Women in the New Testament*, Liturgical Press, Collegeville 2001, 230.

María tuvo que sobreponerse y seguir siendo madre, no sólo de Jesús, sino también de los muchos hijos e hijas que heredaría. Tenía que ser fuerte ante ellos. Este es el desafío al que se enfrentan todas aquellas mujeres que se sienten hundidas, necesitadas de ayuda o fracasadas, quizá por la pérdida de un hijo.

María no consideró que la vida había sido injusta con ella. No, ella aceptó su suerte y siguió adelante. Advirtió que, aunque es importante llorar, procesar la pena, y tener tiempo y espacio para el duelo, es crucial aceptar lo que Dios, en su sabiduría, ha permitido que les suceda a sus hijos. Habiéndolo aceptado, es necesario tomar la mano de María y hacer todo el esfuerzo posible para levantarse y seguir adelante en fe, esperanza y amor.

- ¿Entendemos verdaderamente la pasión y muerte de Cristo y la abrazamos en nuestro camino cuaresmal y en nuestra vida?
- ¿Cómo aceptamos «los golpes de la vida»? ¿Tratamos de responder positivamente y trabajamos para hacer que esos golpes fructifiquen y nos ayuden a crecer, a ser más generosos con los que sufren? ¿Nos olvidamos de nosotros mismos para ayudar a quienes lo pasan peor que nosotros?

Jesús inició su ministerio eucarístico en Canaán junto a su Madre y quiso concluirlo en su presencia.

- ¿Qué parte ocupa la Eucaristía en nuestra espiritualidad y en nuestra devoción a María en este camino cuaresmal? ¿Damos suficiente testimonio de su importancia en nuestras vidas, de tal modo que se haga atractivo a los demás?

Conclusión

La pasión de Jesús, las mujeres de la Pasión y nuestra propia Cuaresma son ejemplos de entrega misericordiosa, de entrega de uno mismo en el servicio. Son ejemplos del triunfo de la verdad, la justicia, la autoestima y la misericordia en el ministerio. Estas son las virtudes en las que Jesús creció y en las que instruyó a las mujeres que, como las que hemos recordado, llegaron a ser sus compañeras.

Sólo cuando reconozcamos nuestra propia necesidad de misericordia y nuestro deber de promover la justicia, cuando nos valorem y cuando nos sintamos satisfechos de nosotros mismos, es cuando seremos capaces de seguir al que murió por nosotros. Entonces nuestra visión cambiará. Seremos libres, íntegros y serviremos incondicionalmente. Sólo cuando hayamos aprendido a ser misericordiosos con nosotros seremos misericordiosos con los demás. Entonces, como las mujeres de la Pasión, habremos aprendido a responder a la realidad que nos rodea, porque habremos permitido a Jesús que nos saque de nuestras tinieblas, inseguridades y egocentrismos. A menudo decidimos nosotros mismos qué es lo que los demás necesitan sin tan siquiera permitirles que se expresen. Y muchas veces nuestra sola presencia junto a aquellos que nos necesitan puede lograr mucho

más que las teorías y doctrinas relacionadas con la fe, la ética y la moral.

Hagamos de la Cuaresma un tiempo para adentrarnos en lo más profundo de nuestro corazón y examinar nuestras motivaciones e intenciones. Purificados por las lágrimas del arrepentimiento, cada día será Pascua. Llegaremos a ser personas de la Pascua, que con todo derecho cantan el *Aleluya*. Solamente entonces, y en consideración a la sangre que Jesús derramó por nosotros (Mt 27,24) y a las mujeres de la Pasión, la Cuaresma será un tiempo lleno de acogida, de gracia y de vida.

Índice

	Págs.
Agradecimientos	7
Prólogo del cardenal Keith Patrick O'Brien	9
Introducción	11
1. La mujer anónima que ungió a Jesús en Betania	17
2. La criada de Caifás que desafió a Pedro.....	27
3. La mujer de Pilato.....	33
4. Las mujeres de Jerusalén.....	39
5. La mujer sorprendida en adulterio.....	47
6. La Samaritana	57
7. Las mujeres nombradas que acompañaron a Jesús desde Galilea.....	65
8. María Magdalena	69
9. María, la madre de Santiago y José.....	75
10. Salomé	81
11. María, la mujer de Cleofás.....	85
12. Las mujeres anónimas que acompañaron a Jesús desde Galilea.....	91
13. La hemorroísa.....	93
14. La mujer curada en sábado.....	101
15. María, la madre de Jesús	107
Conclusión	113



BETEL

1. CLAVES PARA VIVIR EN PLENITUD
Víctor Manuel Fernández
2. LAS MUJERES QUE ENCONTRARON A JESÚS
Alessandro Pronzato
3. LA ORACIÓN
Encuentro de amor con Dios
Vicente Borragán Mata
4. SÓLO DIOS BASTA
Sławomir Biela
5. LAS FUERZAS DE LA DECADENCIA
Ignacio Larrañaga
6. LA VIDA ES BELLA
Pensamientos desde la esperanza
Francisco J. Castro Miramontes
7. DIOS ES AMOR
Ejercicios espirituales
Angelo Comastri
8. EN TI VIVIMOS, SEÑOR
Dimensión contemplativa de las bienaventuranzas
Manuel J. Fernández Márquez
9. MEDITACIONES SOBRE LA FE
Tadeusz Dajczer
10. MARÍA JUNTO A LA CRUZ
Reproponer los dolores de María
Pablo García Macho
11. ESTOY A TU PUERTA Y LLAMO
Sławomir Biela
12. EN LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO
Así vivían nuestros primeros hermanos
Vicente Borragán Mata
13. SECRETOS DE DIOS
Cartas íntimas de Yavé Abba
Rafael de Andrés
14. LA VIDA ES AMABLE
Pensamientos desde la fe
Francisco J. Castro Miramontes
15. LA PALABRA, MEDITACIÓN Y POESÍA - Ciclo B
Pedro Jaramillo Rivas - Joaquín Fernández Martín
16. CÓMO ABRE DIOS LA PUERTA DE LA FE
Jean-Marie Lustiger

17. LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL DE JESÚS
Materiales para reflexionar personalmente y en grupo
Fernando Rivas Rebaque
18. AL ENCUENTRO DE LA VIDA
Diario de un peregrino
Francisco J. Castro Miramontes
19. EL CAMINO DE LA CRUZ
Doce Vía crucis para la comunidad
Pablo García Macho
20. ABRID DE PAR EN PAR LAS PUERTAS A CRISTO
Sławomir Biela
21. LA NUBE DEL NO-SABER Y EL LIBRO DE LA ORIENTACIÓN PARTICULAR
Anónimo inglés del siglo XIV
22. LA PALABRA, MEDITACIÓN Y POESÍA - *Ciclo C*
Pedro Jaramillo Rivas - Joaquín Fernández Martín
23. ABANDONARSE AL AMOR
Sławomir Biela
24. «METANOIA»
Dinamismo de la conversión cristiana
José Delicado Baeza
25. LA MISA
Jean-Marie Lustiger
26. DAR SENTIDO A LA VIDA
Reflexiones cristianas para cada día
Joan Bestard Comas
27. CAMINO DE ORACIÓN
Una experiencia transformante
Lázaro Albar Marín
28. LA PALABRA: MEDITACIÓN Y POESÍA - *Ciclo A*
Pedro Jaramillo Rivas - Joaquín Fernández Martín
29. LOS DOS PILARES
Gratitud y contrición
Sławomir Biela
30. EL SILENCIO DE MARÍA
Ignacio Larrañaga
31. TERAPIA DE LAS ENFERMEDADES ESPIRITUALES
En los padres de la Iglesia
Fernando Rivas Rebaque
32. HABLAR CON DIOS
En la intimidad, en la naturaleza y en la historia
Luis María Armendáriz
33. EN EL MANANTIAL DE LA ESPERANZA
Vicente Borragán Mata
34. CAMINO DE TRANSFORMACIÓN PERSONAL
Sabiduría cristiana
Javier Garrido
35. PARA MÍ LA VIDA ES CRISTO
Leer a san Pablo hoy personalmente y en grupo
Pedro I. Fraile y Yécora
36. VIVIR NAZARET
Un mes con Carlos de Foucauld
José Luis Vázquez Borau
37. TODO COMENZÓ EN GALILEA
Diario de un peregrino a Tierra Santa
Francisco J. Castro Miramontes
38. RELECTURA DE LAS CARTAS DE SAN PABLO
Javier Garrido
39. LAS TENTACIONES DE JESÚS
Y otros relatos
Rolando Camozzi
40. VENGA A NOSOTROS TU REINO
Vicente Borragán Mata